

lucky marty

TRANSMIGRACIÓN

TRANSMIGRACIÓN

LUCKY MARTY

TRANSMIGRACIÓN

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez; 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 10.714-1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Capítulo primero

El objeto no identificado en el espacio seguía en dirección a la Tierra a gran velocidad.

A una velocidad diez veces superior a la caída de cualquier meteorito, o al de las astronaves que los hombres utilizaban para terminar de conquistar su Sistema Planetario.

Pero había más: aquel objeto no identificado no podía ser ningún cuerpo celeste. Hay leyes físicas inalterables en la mecánica estelar y todos los cuerpos sólidos que viajan por el espacio las obedecen. Los mismos cometas

de cuerpos gaseosos describen sus órbitas excéntricas con arreglo a las leyes de la gravitación, como efecto de la atracción universal.

En virtud de esta atracción universal todos los cuerpos se atraen recíprocamente, en razón directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de la distancia. Y si algún cuerpo que viaja por el espacio no obedece estas leyes, no hay duda de que se debe a razones muy «especiales».

Estas razones especiales solo puede crearlas el Hombre.

O una inteligencia similar a la humana...

Por eso estaban alarmados en la Tierra y en el Centro de Observación Espacial todos se mostraban muy excitados, consultando datos, haciendo trabajar a las computadoras electrónicas y llegando a una sola conclusión.

¡Se trataba de una astronave espacial ajena al Sistema Solar de la Tierra!

Paul Hauber consultó una vez más las conclusiones de sus colaboradores, lanzó los informes sobre la mesa del despacho y, tras mirarles detenidamente uno a uno, exclamó:

— ¡Imposible! ¡Me niego a admitir tal hipótesis!

El profesor Lester avanzó del grupo encarándose con el director del Centro de Observación Espacial. Llevaba un manojo de informes en la mano y también los dejó sobre la mesa al decir:

—Tendrá que admitirlo, señor Hauber. ¡No hay otra lógica explicación!

Paul Hauber carraspeó, procuró librar su mente de perjuicios y mirando fijamente al profesor Lester replicó:

—Siempre hay una explicación, querido Lester. Volveremos a examinar los informes.

—No se esfuerce, señor Hauber. Están estudiados hasta la saciedad.

— ¿Entonces...?

—Convénzase, señor Hauber. Ese objeto no identificado que avanza hacia la Tierra no es ningún cometa ni ningún meteorito. Tampoco se trata de ninguna astronave de las que van y vienen por el espacio recorriendo nuestro Sistema Solar. Simplemente se trata de...

—Siga, profesor Lester... ¡Siga! —le instó apremiante Paul Hauber.

—Bueno... Se trata de una astronave ajena a nuestro Sistema.

—Es decir: que no está tripulada por hombres...

— ¡Por seres humanos! ¿Eso quieren decir?

El profesor Lester se defendió indicando con un gesto el montón de informes y cuartillas esparcidas sobre la amplia mesa:

—No lo decimos nosotros, señor Hauber. Todos esos datos y comprobaciones son más que elocuentes.

— ¡Bobadas, querido Lester! Desde Marte, Júpiter o Venus pueden enviarnos una astronave fuera de control.

—Se ha comprobado que no es así, señor Hauber. Hemos tenido información de todo el Sistema Solar. Ni una sola astronave ha partido en las últimas veinticuatro horas de ningún planeta.

— ¿Y nosotros, Lester? ¿No hemos enviado ninguna?

—Ninguna, señor Hauber. Los viajes han sido interrumpidos por el Gobierno Central hasta nuevas órdenes.

Paul Hauber paseó nervioso por la amplia sala, terminando por preguntar una vez más:

— ¿Qué dice el Departamento de Astronomía?

—Su informe es preciso y claro, señor. Ningún cuerpo celeste puede viajar por el espacio a esa velocidad, a no ser que esté propulsado por energía interna.

Paul Hauber volvió a pasear movido por su impaciencia, para terminar por decir, encarándose con el grupo de científicos que permanecían en silencio:

—En una palabra, Lester: que para usted, para todos ustedes, ese maldito aerolito que se nos viene encima es una astronave tripulada por seres de otro mundo. ¿No es así?

—Así debe ser, señor Hauber. ¡Hay que admitirlo!

Paul Hauber alzó ambos brazos gritando:

— ¡Pero admitir eso es una locura, Lester! Es tanto como admitir que hay seres organizados y con inteligencia en otros mundos. Es admitir que existen otras civilizaciones, además de la nuestra: es presuponer que, en cualquier rincón del Cosmos, perdidos en el infinito de los espacios siderales, seres más o menos como nosotros han podido llegar a poseer una técnica tan avanzada como para atreverse a visitarnos.

— ¿Y por qué no, señor?

—Porque no hemos encontrado hasta ahora más vida que la vegetal y bacteriana en los otros planetas, Lester. ¡Principios de vida rudimentaria!

—En todo nuestro Sistema Solar así es, señor Hauber. Pero hay otros sistemas solares, otras galaxias... ¡Otros mundos!

— ¿Sabe usted lo que eso significa, Lester?

El anciano profesor Lester no alcanzó a comprender todo el significado de aquella pregunta y algo confuso miró al grupo de sus ayudantes y colaboradores, como pidiendo ayuda. Ninguno respondió y dijo vacilante:

—Pues...

—Significa pugna, Lester... ¡Lucha!

— ¿Por qué precisamente lucha, señor Hauber?

—Me temo que desgraciadamente sea así, mi querido amigo.

Y luego, más reflexivamente palmeando la espalda del anciano profesor Lester, el enérgico director del Centro de Observación Espacial continuó:

—Consulte la historia y no sea ingenuo, Lester. Usted siempre ha estado mirando al cielo y se ha olvidado algo de los problemas de aquí abajo. Desde la más remota antigüedad el hombre siempre ha andado a mamporro limpio, enzarzándose en guerras por un quítame allá esa paja.

El profesor Lester sonrió bondadosamente al decir:

—Ahora ya no es así, señor Hauber. A la razón de la fuerza, se ha impuesto la fuerza de la razón. Desde 1996 no sufrimos la calamidad de ninguna guerra. El mundo está en paz ya hace más de cuarenta años.

—Nosotros sí, Lester. Pero... ¿Y «ellos»?

El índice de Paul Hauber señalaba al gigantesco telescopio desde el cual estaba siendo observado el cuerpo extraño sin identificar que se acercaba a la Tierra y todos, por instinto, clavaron sus miradas ansiosas en él.

El silencio fue roto por un joven científico que se destacó del grupo, diciendo:

—A lo mejor es una simple visita de cortesía, señor Hauber.

Paul Hauber sonrió al joven.

— ¿Sin ninguna clase de aviso previo, Cotten?

—Quizás ignoran que la Tierra está habitada —contestó otro.

— ¿Y por qué han ido a elegir precisamente la Tierra? —insistió el dinámico director—. Si vienen de otra galaxia, de otro Sistema Solar, en su largo camino habrán dejado atrás infinidad de planetas. Nuestros mapas astronómicos nos hablan de billones de esos planetas a los cuales algún día el hombre piensa llegar.

—Desgraciadamente no hemos ido más allá de Neptuno —dijo el joven Cotten—. ¿Y qué son cuatro mil cuatrocientos noventa y cuatro millones de kilómetros?

—Cierto que no es nada, jovencito —intervino el anciano profesor Lester —. Pero ya es un hecho que pronto podremos poner nuestras pecadoras plantas de los pies en Plutón; nuestro más lejano planeta. Desde allí ya nos asomaremos al hiperespacio y posiblemente pronto podremos devolver esa visita de cortesía que parece que vamos a tener...

— ¿Dan por sentado que se trata de una «visita» de seres racionales de otro Sistema Solar, caballeros?

La pregunta fue formulada por el director del Centro de Observación Espacial y de momento no obtuvo respuesta. Pero al poco el mismo profesor Lester afirmó:

—Yo sí, señor Hauber. ¡No hay otra explicación!

Nueva duda, nueva vacilación de Paul Hauber, antes de decir:

—Bien, señores: en ese caso debemos estar prevenidos y recibirles con todos los «honores».

Se acercó al visófono oprimiendo el mando y, cuando sobre la pantalla apareció el agraciado rostro de la operadora, Paul Hauber ordenó:

—Señorita: póngame en comunicación directa con el Departamento de Defensa.

La muchacha pareció dudar y con gracioso mohín de sorpresa indagó:

— ¿A estas horas, señor Hauber?

—Sí, señorita. ¡A estas horas!... Es muy urgente y quizá ya hemos perdido demasiado tiempo en especulaciones...

El anciano profesor Lester avanzó alarmado hacia el director.

— ¿Qué va hacer, señor Hauber?

—Informar al Departamento de Defensa, querido Lester. Llegados a la sorprendente conclusión de que son extraños visitantes los que se acercan, mi

deber es comunicarlo al Ejército para que tomen sus medidas.

Y mientras la operadora procuraba conectar el visófono con las pantallas instaladas en el Departamento de Defensa, Paul Hauber musitó como para sí:

— ¡Ahí es nada mi responsabilidad! Anunciar al mundo que unos extraños seres de otro Sistema Solar nos «visitan». ¡Se van a reír de mí!

—Confirmaremos su noticia, señor Hauber —dijo con calor el joven Cotten—. Todos los datos, informes y comprobaciones indican que esa astronave no es nuestra. Y su portentosa velocidad también indica que no se trata de ningún aerolito o meteorito.

—Cierto, Cotten. Pero ¿ustedes calculan la que se va a formar?

Contrariamente a los otros, que parecían entre confusos y alarmados, el anciano profesor Lester se frotó las manos con satisfacción comentando:

—Hijos míos... ¡Hoy es un día grande para la Humanidad! ¡Al fin estableceremos contacto con seres de otros mundos! ¿No les parece un sueño?

—Diga más bien una pesadilla, profesor Lester —intervino uno de los científicos—. ¡No sabemos qué clase de visitantes serán!

—Sean como sean, nuestro deber es recibirles dignamente —machacó Lester.

— ¿Y por qué no a cañonazo limpio, profesor? Es obvio que, si los hombres no se han entendido entre ellos durante miles de años, menos probabilidades hay de entenderse con esos supercivilizados «señores», que parecen elegir nuestra Tierra para aterrizar con su astronave.

Tras estas palabras Paul Hauber volvió hacia el visófono, donde la gentil operadora ya le anunciaba la conexión pedida, no sin antes sentenciar:

—En último término, la palabra la tiene el Departamento de Defensa. A partir de ahora la responsabilidad ya no es nuestra al informarles de lo que hay.

En la pantalla apareció la gruesa imagen de Georgi Kronikof, ministro de Defensa Mundial que indagó imperioso con su recia voz:

— ¿Qué ocurre, Hauber? ¿A qué viene esta llamada de urgencia?

Paul Hauber tomó aliento antes de decir:

—Prepárese, señor ministro: voy a darle una noticia que le quitará completamente el sueño...

— ¡Adelante, Hauber! ¡No estoy para acertijos!

Y a la vista de los informes y los datos de todo el grupo de científicos del Centro de Observación Espacial, Paul Hauber informó soltando la sorprendente noticia.

El grueso Georgi Kronikof solo acertó a exclamar:

— ¡No! ¡Están equivocados! ¡Una cosa así no puede ser cierta!

Capítulo II

Fue cierto y la gigantesca astronave aterrizó en Gila Desert, en el Estado de Arizona, y a más de trescientos kilómetros de su capital Phoenix.

Se trataba de un extraño artefacto de unos doscientos metros de largo por setenta de ancho y unos treinta de altura. No poseía ventanillas y, al parecer, carecía de motores: sin embargo, cuando las unidades del Ejército bien provistas de material defensivo de todo orden presenciaron su aterrizaje, tuvieron que retirarse precipitadamente ante el intenso calor que despedía aquel gigantesco cuerpo metálico que, por lo visto, venía del más allá, de los apartados confines del Cosmos.

Cañones atómicos; lanzallamas desintegradores de los metales más resistentes y ametralladoras y fusiles paralizantes, quedaron apuntando a la astronave que al fin se posó sobre las arenas del desierto, como una extraña y gigantesca ballena que reposa tras largo viaje.

Y ante su vista, las preguntas acudían a la mente precipitadamente.

¿De dónde venía? ¿Qué seres la tripulaban? ¿Qué intenciones traían? ¿Qué clase de motores o energía la propulsaban? ¿Por qué no habían contestado a los apremiantes mensajes que se lanzaron desde los más remotos confines de todo el Sistema Solar, desde que se acercó a él? ¿Es que carecían de radio? ¿O

bien no entendían el lenguaje humano, de los hombres del planeta que al parecer deseaban visitar?

El mundo había vivido diez largos días de indecible angustia y confusión, desde que la prensa y la radio lanzó al éter la sorprendente noticia: un objeto no identificado, a todas luces una astronave galáxica, de otros mundos, se acercaba a la Tierra a portentosa velocidad.

La noticia había sido posteriormente confirmada, cuando el extraño artefacto pasó a diez millones de kilómetros de Marte. En ese punto, las escuadrillas de Vigilancia del Espacio se habían lanzado en su persecución.

Un inútil trabajo, porque bien pronto la rara astronave había dejado atrás a las que habían sido fabricadas en la Tierra. La estación espacial puesta en órbita entre la Luna y la Tierra también había registrado su paso lanzando al éter una auténtica lluvia de mensajes por radio, con el mismo resultado.

Por respuesta, el silencio más absoluto.

Esto confirmó al Departamento de Defensa que las intenciones de los misteriosos visitantes no eran buenas y se tomaron toda clase de precauciones, siguiendo desde todos los observatorios la dirección que llevaba. La estación de la región ártica pudo, por fin, fijar el rumbo probable, si es que no variaba de dirección.

Al parecer, se acercaba al planeta por su región polar del norte y más tarde el observatorio de Canadá radió el siguiente mensaje:

— ¡Atención! ¡Atención! ¡Sigue su rumbo! ¡Está entrando sobre los Estados Unidos a unos cien mil kilómetros de altura!

Pasó como una exhalación sobre Montana, Idaho, Utah y al fin empezó a descender vertiginosamente, una vez alcanzado el Estado de Arizona.

Y ahora estaba allí, sobre el Gila Desert, reposando tras el largo viaje sobre las arenas del desierto, como un antediluviano monstruo de acero, pero que en sus entrañas poseía el perfeccionamiento de la técnica más depurada.

Pero antes, mucho se había discutido y deliberado durante aquellos diez largos días con sus noches. Todos los organismos responsables del Gobierno Central Extraplanetario habían aportado conclusiones. Destruir la extraña astronave por el simple hecho de que no respondiera a los mensajes radiados parecía una decisión precipitada. Por otra parte, salvo el hecho de que se acercaba sin ningún previo aviso, la más aguda observación no denotaba síntomas belicosos.

Simplemente parecía haber elegido la Tierra para aterrizar. Eso era todo.

Por otra parte, grupos de científicos y no pocas asociaciones habían dejado sentir sus airadas voces negando que los habitantes de la Tierra tuvieran derecho a rechazar violentamente algo que, ya desde la más remota antigüedad, había sido ansiado. A saber: el dorado sueño de establecer contacto con remotas y posibles civilizaciones existentes en el maravilloso e infinito Universo.

Al parecer, ahora, ese sueño se convertiría en realidad.

¿O en una trágica y sangrienta pesadilla?

—No sabemos lo que contiene ese artefacto —dijo receloso el general comandante del Ejército, trasladado velozmente a Arizona, como otras muchas autoridades.

El comandante general de la Policía Extraplanetaria también estaba allí, rodeado de sus más leales y eficaces colaboradores. El Ministro del Departamento de Defensa, el grueso Georgi Kronikof, resoplaba, sudando por cada uno de sus generosos poros, pese a que no se quitaba una bufanda que le rodeaba el cuello.

Sabios, científicos e investigadores en las más largas y diversas disciplinas del amplio saber humano clavaban sus pupilas sobre la gigantesca astronave, llegados allí para el instante solemne o trágico en que la única portezuela se abriera y se estableciera contacto con los inesperados visitantes.

Los periodistas pululaban inquietos con sus cámaras por todos los sitios, ansiosos de captar la sorprendente noticia para informar, gráficamente, al mundo entero.

La expectación era inquietante y general, y el éter, sacudido por las ondas de los incesantes mensajes radiados, llevaba hasta Marte, Venus, Júpiter y el lejano Neptuno, donde un grupo de audaces exploradores estaban empezando a recorrer la última conquista del hombre de su Sistema Planetario, las inquietudes terrestres.

Ian Hendry, joven ayudante del comandante general de la Policía Extraplanetaria que mantenía a la multitud prudentemente alejada de la astronave, vio a una muchacha rubia como el trigo saltar con ágil movimiento el grupo de agentes. Sin pensarlo dos veces se lanzó en veloz estirada para detenerla.

Ian Hendry logró detener a la mujer atrapada por uno de sus tobillos y ambos rodaron por el suelo. Unos ojos azules le fulminaron y una voz airada exclamó:

— ¡Oh! ¡Bruto! ¡Ha destrozado usted mi cámara!

Ian Hendry se incorporó y ayudó a la muchacha a hacerlo. La fina arena del desierto resbalaba por su vestido claro y el hombre contempló a la mujer de generosas curvas que le mostraba su cámara fotográfica destrozada.

— ¿No le han enseñado a usted modos, amigo? ¿Con qué derecho se lanzó sobre mí como si estuviera jugando al *rugby*?

—Soy de la policía, señorita.

La joven le miró de arriba abajo, contemplando su traje de paisano.

— ¿Quién me lo asegura?

Por toda respuesta Ian Hendry sacó del bolsillo su credencial.

— ¿Le basta? Vi que salvaba el cordón de agentes y pensé que era una imprudencia acercarse a... a «eso»... ¡Aunque sea usted periodista!

— ¿Cómo sabe que soy periodista? ¿Simple olfato de sabueso?

Ian Hendry sonrió divertido.

—No... Pero ¿quién no conoce a Lori Brozy? Últimamente ha dado usted bastante que hablar...

La muchacha rubia arqueó ligeramente las cejas.

— ¡Ah! ¿Me conoce? Creí que la policía espacial no leía las revistas femeninas, señor... señor...

—Ian Hendry, señorita Brozy. Y en cuanto a eso de leer las revistas femeninas, no creo que se ofenda si le digo que, en efecto, no soy muy aficionado a ellas.

El hombre se interrumpió al salvar al regreso el cordón de agentes que mantenía a los curiosos a prudente distancia de la astronave, para terminar diciendo a la muchacha rubia:

—Bueno: no leo esas revistas excepto cuando traen algún «escándalo» gordo. ¡Y el suyo lo fue, señorita Brozy!

— ¡Bah! No soy la primera muchacha a la que dan calabazas ante el altar.

—Por supuesto: pero no todos los novios son tan famosos como el suyo, señorita Brozy. ¡El doctor Alan Fraser es uno de los mejores cirujanos del mundo! Y usted... Bueno: usted es una de las periodistas que en más líos se ha metido.

Lori Brozy alzó una de sus manos para advertir:

— ¡Siempre con el afán de informar a mi público!

Y luego, sin transición, observando su cámara fotográfica destrozada:

— ¿Por qué no me dejó tomar unas fotos de esa astronave? ¡Las necesito para mi reportaje!

—Por ahora está prohibido y a usted, como a todos sus compañeros de prensa, se le dio esa orden. No sabemos lo que va a salir de ahí y acercarse podría resultar peligroso.

— ¡Tonterías! Ese chisme no parece una astronave bélica. Observe que no tiene ni ventanillas.

—No importa. En un momento dado podían aparecer y rociarnos a todos con alguna arma secreta.

—No lo creo: sean quienes sean nuestros visitantes, yo diría que son gente pacífica. Su astronave más bien parece un gigantesco ataúd metálico. ¿No se ha dado cuenta?

En aquel instante volvieron a tronar los altavoces en todo el amplio perímetro:

— ¡Atención! ¡Atención! ¡Todo el mundo debe retirarse! ¡Los especialistas van a acercarse a la astronave!

Las unidades del Ejército secundaron a la policía en la fatigosa labor de retirar a la multitud de curiosos. Cierto que el artefacto había aterrizado en pleno desierto, a trescientos kilómetros de la ciudad de Phoenix: pero no eran pocos los que, en sus propios vehículos habían logrado llegar hasta allí para preocupación y trabajo de las autoridades que ahora, dispuestos a acercarse a la astronave y aclarar por fin el misterio, se empeñaban en limpiar aquello de gente que pudiera sufrir algún inesperado percance.

El comandante general de la Policía Extraplanetaria llamó a su joven ayudante Ian Hendry, ordenándole tajantemente:

—Desalójeme esto, Ian. ¡Todas las precauciones son pocas!

— ¡A la orden, señor!

Pero antes de retirarse el joven, preguntó:

— ¿Todo el mundo, señor?

—Bueno... Ya sabe: hay algunos casos especiales. No podemos impedir que grupos como el del director del Centro de Observación Espacial y otros permanezcan por aquí. Esos sabios profesores y esos científicos son precisos. En el fondo son ellos quienes deberán tratar con... con...

Divertido, Ian Hendry comprendió la vacilación de su jefe terminando su frase:

—De acuerdo, señor; usted quiere decir con nuestros «visitantes».

— ¡Exacto, Ian!... Y no dejo de preguntarme qué pinta tendrán.

—Me gustaría que fueran chicas, señor. ¡Mujeres hermosas!

Una voz femenina sonó a su espalda:

— ¿Por qué? ¿No le gustan las mujeres que hay en la Tierra?

Ian Hendry se volvió azarado:

—Perdone, señorita Brozy. Con tanto trajín me había olvidado de usted. Lo siento pero también tendrá que retirarse.

Lori Brozy no se movió. Su excusa era infantil, pero la soltó:

—No podré: el reactor de mi coche no funciona.

—Uno de mis hombres la llevará. Nuestros vehículos quedan por allí y le aseguro que son muy rápidos y cómodos.

— ¿Por qué no puedo quedarme, señor Hendry? ¡Veo que muchos lo hacen!

—Es personal especializado. Ya sabe... Sabios y científicos y alguna gente de campanillas. ¡Allá ellos el peligro que corran!

— ¡Lástima! A lo mejor se trata de hombres atractivos y arrogantes.

Ian Hendry recordó y devolvió la pelota:

— ¿No le gustan los hombres que hay en la Tierra? Las malas lenguas aseguran que pese a las calabazas que le dio al pie del altar, usted sigue enamorada del doctor Alan Fraser.

— ¡Bah! Chismes de envidiosas impropios en boca de un oficial de la policía —contestó la muchacha con gracioso mohín de disgusto.

Entonces un hombre alto elegantemente vestido se acercó a ellos y su voz bien timbrada, extremadamente varonil, sonó al decir con aire festivo:

— ¿Solo «chismes», querida Lori? Yo abrigo la esperanza de que sean verdad...

Ian Hendry reconoció al instante al atractivo y famoso doctor Alan Fraser, cuya única nota que desentonaba con su elegante y cuidado atuendo era un pañuelo enrollado al cuello, por debajo de la blanca camisa.

El joven oficial de la policía saludó al célebre cirujano y con cierta mordacidad en sus palabras rogó, señalando a la inquieta muchacha rubia:

—Doctor Fraser, procure convencer a su exprometida de que se vaya. Quizá conserve usted aún un poco de autoridad sobre ella...

Una leve sonrisa divertida afloró a los correctos labios del famoso cirujano al contestar, estrechando entre sus manos una de Lori Brozy:

— ¿Por qué dijo mi «exprometida»? A Lori siempre la llevo impresa en mi alma, aunque en aquella ocasión me vi obligado a rechazarla por exceso de trabajo. La Ciencia necesita de mí, tenía muchas operaciones que hacer y no quise convertirla en una esposa mártir. ¡Eso fue todo!

—Pero la prensa dijo... —insistió, contrariado sin saber por qué, Ian Hendry.

—La prensa dice muchas tonterías a veces. ¡Confundió la noticia! ¿Verdad, cariño?

La muchacha rubia admitió. Tenía la boca entreabierta y su mirada era anhelante, como si estuviera pendiente del irresistible atractivo del famoso cirujano. Ian Hendry les observó en silencio durante medio minuto, aunque volvió a la carga para cumplir las órdenes de su jefe:

—Bien: no creo que este sea el sitio más adecuado para una reconciliación. Razón de más para que se la lleve de aquí.

La respuesta de Alan Fraser fue sorprendente para el joven policía:

—Se equivoca, amigo: yo estoy autorizado para presenciar el descenso de nuestros extraños visitantes y Lori se quedará conmigo. Lleva el periodismo muy dentro y por nada del mundo la privaría de este placer.

— ¡Oh, Alan! ¡Siempre tan gentil y amable!

Ian Hendry arqueó las cejas al decir:

— ¿Siempre, señorita Brozy? Bien: ¡Allá ustedes!

Dio media vuelta girando sobre sus talones y los dejó allí. Tenía mucho que hacer para preocuparse por aquella pareja. Era preciso despejar aquello de locos curiosos que esperaban asistir al minuto del siglo.

Cuando lo consiguió, con la eficaz ayuda de sus agentes y las unidades del Ejército que seguían con todo el potencial de sus armas apuntando a la gigantesca astronave llegada de otros mundos ignotos, se secó el sudor que perlaba su frente y caminó con los especialistas hacia el extraño artefacto.

—Bien: veremos qué contiene esa caja de sorpresas una vez la abran — musitó a un compañero Ian Hendry.

Capítulo III

Fue preciso utilizar varios sopletes de gran poder concentrado para abrir un boquete en el armazón metálico, ya que la trampilla de la puerta no fue franqueada desde el interior, por más que se insistió en ello.

Técnicos y especialistas precisaron dos horas para lograrlo y entonces cedieron el paso a cada uno de los representantes de los distintos departamentos del Gobierno Central.

La caja de las sorpresas estaba abierta, pero... ¿Qué les esperaba dentro? ¿A quién había traído aquel extraño aparato a la Tierra y por qué? ¿Por qué no salían a recibirles los tripulantes de aquel vehículo espacial?

Inquieto como siempre, Paul Hauber fue el primero en hablar al ver un movimiento instintivo de precaución en el grupo de hombres que, como él, debían ser los primeros en examinar el interior. Vestían trajes especiales de amianto con mascarillas de plástico transparente y, comunicándose por radio con sus colegas indagó, deseando poner una nota festiva en aquellos momentos:

—Bien, caballeros: ¿quién es el primero? ¡Se trata de ponerle los cascabeles al gato!

Ian Hendry, también equipado debidamente, avanzó en silencio. Dos hombres le ayudaron y penetró decidido en la astronave. En su mano empuñaba una pistola de rayos paralizantes y colgando de la cintura llevaba un contador ambiental: las agujas no se movieron y eso le indicó que la atmósfera dentro de aquella estructura metálica era la normal.

—Pueden seguirme: hasta ahora no hay novedad —anunció por radio.

Siguió avanzando por una especie de corredor hasta llegar a unos escalones que ascendían a una plataforma circular. La astronave parecía desierta y, sin embargo, en un panel situado a la altura de su hombro un cuadro de luces parpadeaban, encendiéndose, alternativamente, las azules, las verdes y las de color ámbar. Las rojas permanecían apagadas.

Un ligero zumbido hacía crepitar la nave y a través de sus suelas imantadas del traje especial que Ian Hendry llevaba, percibía, en todo su cuerpo, aquellas tenues vibraciones.

«Deben de ser los motores, que están en alguna parte», pensó.

Casi había dado una vuelta completa al círculo de la plataforma cuando sintió que una de las losas metálicas cedía al poner el pie.

Se retiró precipitadamente y anunció por radio:

— ¡Cuidado! ¡El suelo parece ceder!

Giró la cabeza y a través de la mascarilla de plástico vio a los que le seguían cautelosamente a prudente distancia. Con una seña indicó la losa movible y transmitió por radio:

—Voy a ponerme sobre ella. Si desaparezco por aquí... ¡ya saben por dónde buscarme!

La voz de su jefe Walter Rozier le llegó nítidamente al auricular:

— ¡Cuidado, Ian! ¡Puede ser una trampa!

Ian Hendry pensó en el comandante general de la Policía Extraplanetaria. Gran tipo aquel Walter Rozier acostumbrado a enviar a sus hombres a las misiones más peregrinas y audaces, pero que ahora parecía temer por su vida.

—Hay que probar, jefe —le respondió.

Puso ambos pies en la losa metálica movible y al instante descendió como por un tobogán.

La caída fue suave y sin violencias y se encontró plantado ante una ancha y larga galería, muy alta, a cuyas derecha e izquierda distinguió una especie de celdillas, como si aquello perteneciera al departamento de una sección de Correos.

«¡Qué raro!», pensó Ian Hendry.

Lo primero que hizo, antes de avanzar, fue conectar la radio y transmitir:

— ¿Pueden oírme? Estoy bien: no me ha pasado nada.

Esta vez le contestó la voz de Paul Hauber, el director del Centro de Observación Espacial:

—Le oímos perfectamente, Ian. Vamos a seguir el mismo camino que usted.

—Procuren dejar esa trampilla abierta, obstaculizándola con algo —recomendó el joven policía.

Minutos después, el grupo de veinte hombres que exploraban la astronave estaban junto a él y fue la voz del anciano profesor Laster la que zumbó en los auriculares instalados en cada traje espacial:

—Creo que podemos quitarnos las mascarillas. Los indicadores dicen que la atmósfera es normal y la temperatura también. Trabajaremos más cómodamente.

Lo hicieron así y el primero en dejar oír su voz bien timbrada fue el doctor Alan Fraser.

—Bien, caballeros: puesto que hasta ahora todo es normal, antes de seguir me gustaría hacer una sugerencia.

Miraba alternativamente al Ministro del Departamento de Defensa Georgi Kronikof y al anciano profesor Lester, como si particularmente se dirigiera a ellos.

Pero fue el comandante general de la Policía Extraplanetaria, Walter Rozier, quien respondió:

—Usted dirá, doctor Fraser...

El famoso cirujano pareció dudar antes de añadir, esta vez mirando a todo el grupo:

—Como antes dije, sigo creyendo que es absurdo que nos expongamos todos a posibles riesgos. Somos hombres de ciencia acostumbrados a las mayores sorpresas: pero todo lo que pueda contener esta astronave es totalmente nuevo para nosotros. Por lo tanto, bastará con que un grupo de cinco o seis sigamos adelante y el resto nos espere fuera.

—Ya estamos aquí y nada nos ha sucedido —respondió Ian Hendry.

— ¿Dónde está su prudencia como buen oficial de la policía, señor Hendry? —fue la cáustica respuesta del cirujano.

— ¿Quién habla de prudencia? Usted dejó a la señorita Rozier fuera y este artefacto puede explotar de un instante a otro, arrasándolo todo en muchas millas a la redonda.

— ¿Es que no está su mente acostumbrada a deducir, señor Hendry? —siguió lacerante el joven cirujano—. De ser así habría explotado a unos metros del suelo. La onda explosiva habría sido mayor y los destrozos incalculables.

—Dejemos de discutir —intervino conciliador el profesor Lester.

—De todas formas, el doctor Fraser tiene razón —atajó Paul Hauber—. Bastará con que cinco o seis de nosotros exploremos la astronave. El resto puede esperar fuera.

La imponente humanidad del grueso Ministro de Defensa agitó sus grasas y secándose el sudor Georgi Kronikof ordenó:

—Salgan todos menos el doctor Fraser y el profesor Lester. ¡Yo le acompañaré!

—Con todo respeto, señor Ministro, permítame indicarle que sería conveniente que les acompañe mi ayudante Ian Hendry. Es un hombre avezado a toda clase de lucha. En un momento determinado puede serles muy útil.

Con la punta de la bufanda que cubría su cuello Georgi Kronikof secó el sudor que perlaba su frente, resoplando esta vez molesto:

—Les digo que...

Pero Ian Hendry ya avanzaba la amplia galería y empezaba a examinar las primeras celdillas.

Eran hexagonales y estaban dispuestas como en una inmensa colmena, aprovechando al máximo el espacio. La amplia galería metálica tenía más de ciento cincuenta metros de larga y en ambos lados se alineaban aquella serie interminable de celdillas; allí debía de haber miles de ellas.

Ian Hendry se acercó a las que estaban alineadas a la altura de sus hombros, para observar el interior a través del material transparente que a la vez les servía de puerta y al instante se retiró horrorizado.

Fue a girar en redondo para avisar al grupo que permanecía a una distancia de unos quince metros de él y entonces, inexplicablemente, cayó fulminado al suelo como una rama seca de árbol tronchada por un fuerte huracán.

* * *

Despertó en el Hospital Central de Phoenix y lo primero que Ian Hendry distinguió confusamente fue un rostro agraciado con cabellos rubios que se inclinaba sobre él.

La voz cantarina de Lori Brozy terminó de sacarle del letargo:

— ¿Me reconoce, señor Hendry?

—La reconozco, señorita Brozy: usted es la linda novia que el doctor Alan

Fraser dejó plantada el día de su boda ante el altar.

—Olvide eso. ¿Qué le pasó?

—Eso precisamente quisiera yo saber. Como periodista, ¿puede usted informarme?

Ian Hendry se incorporó sobre el lecho, más que para probar sus fuerzas, para contemplar mejor a la mujer. El detenido examen fue de su agrado y con divertido gesto comentó:

— ¡Canastos! ¡Es linda la vida! ¿Verdad, señorita Brozy?

La mujer arregló con movimiento instintivo sus dorados cabellos, mientras en su asiento dejaba de inclinarse ante el hospitalizado, protestando débilmente:

—Veo que no le insensibilizó del todo la descarga de rayos paralizantes que alguien le disparó.

— ¿Rayos paralizantes?

—Al menos, ese es el dictamen médico que reza en su gráfica.

—Siga... ¿Quién me disparó?

Divertida, Lori Brozy alzó ambas manos con elocuente gesto de inocencia:

—Le aseguro que yo no, señor Hendry. Los hombres como usted están mejor en plena acción que paralizados como frías estatuas de yeso.

—Muy amable, Lori. ¡Eres encantadora!

Esta vez la muchacha rubia protestó:

— ¡Oiga! ¿Quién le dio permiso para tutearme, señor policía?

—Lo hice para que me llames Ian. Así todo será más fácil.

— ¿Más fácil el qué...?

—Bueno, pues... ¡Nuestra amistad!

Y al ver que ella no respondía añadió:

— ¿Es que no somos amigos? Cuando se visita a un enfermo en el Hospital es prueba de que nos interesamos por él. ¿No es así, Lori?

—Mi interés por usted es simplemente profesional.

— ¡Ya salió la periodista!

— ¿Le molesta?

— ¡Me defrauda! Yo creí que se interesaba por mi persona.

— ¡No sea usted vanidoso, Ian!

— ¡Estupendo! Ya empieza a llamarme por mi nombre.

—Vayamos al grano: me interesa saber lo que le ocurrió, para poder informar a mis lectoras.

— ¿Con mi fotografía? ¿No teme que se enamoren de mí todas las muchachas?

—Hablo en serio, Ian. ¿Qué le pasó dentro de aquella astronave?

Ian Hendry se acomodó en el lecho y miró a la joven que ya se disponía a escribir en el bloc. Se dio cuenta de que estaba en una habitación individual, aunque la puerta permanecía entornada. Meditó un instante y empezó a decir:

—Bien: supongo que, si la han dejado entrar para hacerme una entrevista significa que estoy autorizado para decir a la prensa todo lo que vi. ¿No es

así?

Lori Brozy no contestó; pero sí una voz que surgió de la pantalla del visófono instalado sobre la mesita cercana al lecho y que alguien había conectado.

—Se equivoca, señor Hendry. ¡No puede informar aún a la prensa!

El hombre y la mujer miraron rápidamente a la pantalla del visófono y en ella reconocieron el rostro anguloso y pétreo de Walter Rozier, el comandante general de la Policía Extraplanetaria.

Ian Hendry miró un instante a la muchacha para luego contestar:

— ¿Qué pasa, jefe? ¿Por qué han dejado entrar entonces a esta periodista con faldas aquí?

En la pantalla, el rostro de Walter Rozier seguía serio:

—No la hemos dejado entrar, Ian. ¡Se coló de rondón salvando el cinturón de vigilancia que le custodia a usted!

Lori Brozy empezó a protestar, encarándose con el visófono:

— ¡Eso no es cierto! El doctor Alan Fraser...

—Por deferencia a usted, el director de este Hospital la autorizó a visitar al señor Ian Hendry, pero no desde un punto de vista profesional, señorita. ¡Yo estaba delante!

Ian Hendry dejó de mirar al visófono para observar a la confusa muchacha que empezaba a meter en su bolso el bloc y la pluma:

—Eres una tramposilla, Lori Brozy.

Luego una idea pareció asaltarle y exclamó, incorporándose nervioso en el lecho:

— ¡Canastos! ¿Oí bien? ¿Este Hospital está bajo la dirección de tu guapo y despreciativo exnovio?

—Si se refiere usted al doctor Alan Fraser, así es. ¿Le molesta eso?

—Di más bien que me horripila. ¡Ese tipo me cae mal!

Alan Fraser entraba seguido de otros doctores en aquel instante en la habitación y, con agradable sonrisa en su viril rostro, comentó:

—Es usted injusto, policía. ¡Usted me es simpático!

El joven cirujano hizo una muda seña a un practicante que se dispuso a inyectar al policía hospitalizado.

Pero Ian Hendry rehuyó el brazo, encarándose con su jefe Walter Rozier por la pantalla del visófono:

—Jefe... ¡Me encuentro perfectamente! Dé órdenes para sacarme de aquí.

El comandante general de la Policía Extraplanetaria indagó, suavizado esta vez su pétreo rostro anguloso:

— ¿De veras se encuentra bien, Ian?

— ¡Palabra, jefe! ¡Mejor que nunca! La mejor medicina del mundo es que le visite a uno la mujer más bella de la Tierra.

Antes de desconectar el visófono Walter Rozier prometió:

—Voy para ahí, Ian.

Ian Hendry quedó sentado en el lecho ante el sonriente Alan Fraser y su

nutrido grupo de médicos. Observó que el practicante seguía obstinadamente con la jeringuilla dispuesto a inyectarle el líquido que contenía y protestó:

—No quiero potingues, amigos. Una buena ducha me sentará mejor que eso.

—Vamos, policía. ¡No sea usted niño! —recomendó Alan Fraser.

Los vio avanzar hacia él y empezando a saltar de la cama Ian Hendry recomendó a su vez a la alarmada muchacha:

— ¡Sal de aquí, Lori! ¡Estoy sin pijama!

La muchacha salió apresuradamente y en el pasillo se cruzó con el severo Walter Rozier, que mudamente agitó un índice ante ella. Un par de agentes uniformados vigilaban la puerta abierta de la habitación, desde donde salían resoplidos y forcejeos.

El grupo de médicos dirigidos por Alan Fraser se empeñaban en inyectar algo a Ian Hendry, para su total restablecimiento.

Capítulo IV

Como comandante general de la Policía Extraplanetaria, Walter Rozier tenía instalados despachos en la mayoría de las grandes ciudades de la Tierra, así como en los planetas del Sistema Solar que el hombre iba poco a poco conquistando.

Incluso en alguna Base Espacial, Walter Rozier se reunía con sus más inmediatos colaboradores y ayudantes: pero allí, en la ciudad de Phoenix, tuvo que conformarse con ocupar temporalmente las oficinas del jefe local.

Como otras muchas autoridades del Gobierno Central, había llegado a Arizona para aclarar el misterio de aquella astronave que había tenido el capricho de elegir aquel sitio para aterrizar. Y como la mayoría de ellos, pese a su alto cargo, Walter Rozier seguía sin averiguar nada concretamente.

Tras haber caído fulminado Ian Hendry en el interior de la astronave, todos habían creído prudente sacarle y retirarse de allí, dejando, eso sí, una nutrida vigilancia en torno al extraño artefacto. Nadie debía acercarse ni volver a entrar en ella hasta averiguar por qué motivo el único hombre que se había

acercado a las numerosas celdillas de forma hexagonal, había caído ante ellas paralizado.

Posteriores análisis efectuados en el Hospital Central habían dado el siguiente resultado: Ian Hendry había recibido una carga de rayos paralizantes de la misma intensidad que los que algunas armas utilizadas en la Tierra lanzaban. Por eso había podido recibir el neutralizante adecuado y ahora estaba ante su jefe Walter Rozier contestando a todas sus apremiantes preguntas.

— ¿De veras se siente usted bien, Ian?

—Perfectamente, señor Rozier.

—En ese caso quiero que me redacte un informe de lo que vio en aquella serie de celdillas de forma hexagonal.

—No sé si podré, señor. Sobre «aquello» tengo ideas muy confusas.

— ¿Por qué, Ian?

—Porque jamás había visto una cosa igual y porque...

Se interrumpió, chascó el aire con los dedos y levantándose exclamó:

—Ya está, jefe. Mejor será volver a la astronave y examinarla de nuevo.

Walter Rozier no pareció contagiarse de su entusiasmo. Le alargó un informe y comentó:

—Me temo que no será posible, Ian. Lea eso... Está redactado por el Departamento de Defensa.

— ¿Por el Ministro Georgi Kronikof?

—Exactamente: de puño y letra de él.

Ian Hendry echó un vistazo al informe que empezaba así:

DEPARTAMENTO DE DEFENSA
Top Secret

»En el día de hoy, 12 de junio del año 2038, exactamente a las 12,32 y después de permanecer sobre las arenas del Gila Desert 10 horas y catorce minutos, la extraña astronave que aterrizó en el Estado de Arizona a trescientos kilómetros al sudoeste de Phoenix, sin ninguna explicación posible el artefacto ha explotado convirtiéndose en cenizas.

»El cordón de vigilancia que custodiaba la astronave no ha sufrido ningún daño por encontrarse a prudente distancia. Así pues, no se han registrado víctimas ni los detectores anuncian ninguna clase de radiactividad en el aire.

El Ministro de Defensa Georgi Kronikof.

Ian Hendry dejó el escueto informe sobre la mesa y preguntó a Walter Rozier:

— ¿Bacterias...?

—Ninguna... La atmósfera estaba normal.

— ¿Rastro de los tripulantes...?

— ¡Ni rastro! Todo quedó convertido en finas cenizas.
— ¿Han llevado muestras a los laboratorios, señor?
—Por supuesto, Ian. Pero el resultado es decepcionante.
— ¿Qué dan los análisis?
—Prácticamente nada. Aleaciones de metales ya conocidas entre nosotros. Y en algunos átomos ínfimas partículas de una pasta gelatinosa imposible de identificar. Ninguno de nuestros analistas conoce su exacta composición.
Para extrañeza de su jefe Ian Hendry exclamó:
— ¡Me lo figuraba!
— ¡Hable de una vez, Ian! ¡Usted es el único que pudo ver lo que contenían aquellas celdillas de forma hexagonal!
— ¿No me tomará por loco si se lo digo, señor Rozier?
— ¡Adelante! Ya nada puede sorprenderme.
—Está bien, jefe... Pues ahí va. Vi... vi... ¡cerebros!
Walter Rozier acababa de decir que ya nada podía sorprenderle; no obstante dio un respingo y se levantó, pétreo su anguloso rostro y el enérgico mentón apuntando a su joven subordinado.
Al cabo de un minuto de silencio consiguió preguntar:
— ¿Está seguro, Ian? ¿Vio cerebros allí?
La duda acudió a la mente de Ian Hendry que vacilante admitió:
—Bueno, señor Rozier... Yo diría que eran cerebros conservados en un caldo donde parecían estar cociéndose. El orificio transparente de las celdillas parecía estar algo empañado con una especie de vaho. Pero aquellas horripilantes «cosas» que parecían palpitar con vida propia tenían casi exactamente la misma configuración de un cerebro humano...
Volvió a dudar antes de añadir, esforzándose por recordar las fugaces imágenes recogidas en su confusa mente durante aquellos breves segundos:
—En un laboratorio de Java vi cierto día el cerebro de un gorila conservado en alcohol. Estaban haciendo un experimentó con él. Esas «cosas» que vi en las celdillas de la astronave se le parecían mucho.
—Pero Ian, por favor. Es lógico que alguien que pertenezca a una remota civilización perdida en el espacio nos envíe «cerebros en conserva». ¿Para qué iban hacer una cosa así?
—En este caso hay muchas preguntas que no tienen contestación lógica, señor Rozier. No sabemos con qué misterioso objeto nos han hecho ese desagradable «envío». Ignoramos de dónde vino esa astronave: quién la tripulaba: qué clase de energía la trajo hasta nosotros; por qué no salieron al ver que fuimos a recibirles; y por último, qué mecanismo autónomo la hizo explotar, convirtiéndose en cenizas.
—Preguntas todas esas que quedarán sin contestar, querido Ian.
—Me temo que sí, jefe. Y sin embargo...
— ¿Qué pasa ahora, Ian?
— ¡Espere un segundo! Creo recordar algo más...
— ¡Desembuche, pronto! Usted es el único que puede darnos alguna pista.

Por remota o peregrina que sea, suéltelo, Ian.

—Bueno, pues... Yo diría... que vi una especie de pequeño rótulo puesto al pie de cada celdilla. Sí... ¡Eso es! ¡Ahora lo recuerdo bien! Cada una de ellas tenía un letrerito.

Walter Rozier miró a su joven ayudante con incredulidad.

— ¿Un letrerito? ¿Escrito en qué idioma, Ian?

—En el nuestro. En un correcto esperanto.

Walter Rozier se acercó a él y paternalmente recomendó a su ayudante:

—Me parece que hice mal en sacarle del Hospital Central, querido Ian. Discutí mucho con el doctor Alan Fraser para librarle de aquella inyección que dijo le devolvería todas sus facultades mentales, pero me temo que me equivoqué. ¡Debió de someterse al tratamiento!

— ¿De veras cree que estoy loco, señor?

—Loco no, Ian. Pero sufrió una descarga de rayos paralizantes y posiblemente alguna parte de su cerebro no ha «despertado» del todo aún.

Ante las dudas de su superior Ian Hendry se encrespó, protestando:

—Le repito que me encuentro en perfectas facultades físicas y mentales, señor Rozier. Y el hecho de que recibiera aquella descarga de rayos paralizantes no quiere decir que...

Se interrumpió para añadir al instante:

— ¡Un momento! ¿Han averiguado quién me disparó?

—La pregunta es absurda, Ian. ¿O es que sospecha de algunos de los que estábamos allí con usted?

—No sospecho de nadie, jefe: pero lo cierto es que me atacaron con un arma de las que usamos aquí, en la Tierra.

—Eso no quiere decir nada. Los tripulantes de aquella astronave también pudieron utilizar un arma parecida.

—Si no son terrícolas, la coincidencia es mucha, jefe.

Walter Rozier abrió mucho la boca al decir:

—Más lo es que utilicen una escritura como la nuestra y acaba de decirme que en cada celdilla había un pequeño rótulo escrito en... ¡esperanto!

—Repito que ahora recuerdo que leí esos letreritos. ¡Y hasta retengo algunos nombres!

El comandante general de la Policía Extraplanetaria le entregó una cuartilla, rogándole entre divertido y severo:

—Bien, Ian. ¡Empiece! Procure estrujar su atormentado cerebro y vaya escribiendo ahí los nombrecitos que leyó.

Ian Hendry miró a su jefe de forma especial, pero empezó a escribir. Y con trazos firmes consignó estos nombres:

Roy Mansfield, James Rusk, Penélope Linton, Paul Hauber, Walter Rozier...

Walter Rozier leía por encima de su hombro y, al ver su propio nombre escrito allí, detuvo la mano de Ian Hendry cuando se disponía a consignar otro:

— ¡Un momento, Ian! ¡Ya es bastante!

—Pero ¿por qué? ¡Ahora lo acuerdo! ¡Su nombre también estaba escrito en el pequeño rótulo de una de aquellas celdillas!

—Le he dicho que basta, Ian. ¡No estoy para perder tiempo!

— ¿Sigue creyendo que alguna parte de mi cerebro sigue dormida, paralizada?

—Sigo creyendo que no debí insistir para que le dieran de alta en el Hospital. ¡Todo lo que me ha contado es ridículamente absurdo! No estamos seguros de muchas cosas, muchacho. ¡Pero de una sí!

Walter Rozier paseó nervioso mientras partía en pequeños trazos la cuartilla con los nombres escritos por su joven ayudante, y girando sobre sus talones con mudo ademán le indicó que todavía no había terminado de hablar:

—Y de lo que estamos seguros es de que esa astronave vino del más allá... ¡Sabe Dios de dónde! Si eso es así, ¿quiere decirme de dónde sacaron los cerebros humanos que dice vio en aquellas celdillas puestos en «conserva»?

—Pero es que yo... yo...

— ¡Silencio! No he terminado todavía... ¿Y no es más ridículamente absurdo decir que esos seres, sean de donde sean y vengan de donde vengan, hablan y escriben en nuestro idioma, en el esperanto que, al fin, logró imponerse como única lengua en todo nuestro Sistema Solar?

Machaconamente Ian Hendry insistió:

— ¡Le digo que ahora recuerdo perfectamente esos nombres escritos en aquellos pequeños letreros!

—En esperanto, ¿verdad, muchacho?

— ¡Sí! ¡Es-pe-ran-tooooo...!

Walter Rozier le dio la espalda sin discutir más y pulsó un botón en su mesa de despacho. Al instante se abrió una puerta y una gentil muchacha de cabellos muy negros apareció bloc en mano:

—Señor Rozier...

—Ginger... Nuestro querido amigo Ian Hendry se ha «ganado» un merecido descanso. Diga al comandante Lynn que ocupará temporalmente el puesto de mi ayudante al que, desde ahora mismo concedo un largo permiso.

Y dio la entrevista por terminada al añadir:

—Tráigame la orden y la firmaré, señorita.

—Sí, señor Rozier...

— ¡Eh! ¡Un momento, jefe! ¡No puede deshacerse de mí así como así!

Walter Rozier apuntó al joven con su enérgico mentón y rostro pétreo y su voz sonó con timbres metálicos:

— ¿Alguna pregunta, Ian?

Ian Hendry le conocía bien y sabía que cuando empleaba aquel tono no cabía ninguna pregunta.

¡Ninguna clase de pregunta!

Por eso dio media vuelta y «agradeció»:

—Gracias por las vacaciones, jefe. ¡Pienso divertirme mucho!

Ya en la puerta, al cruzarse con la secretaria de cabellos muy negros, musitó:

—Te invito a cenar esta noche, Ginger. ¿Aceptas?

—Encantada, Ian.

Capítulo V

La operación fue un éxito más del famoso cirujano Alan Fraser y por eso quiso celebrarlo aquella noche.

Mientras la enfermera jefe le quitaba la bata blanca y los guantes de fino caucho miró al grupo de sus ayudantes y ordenó señalando al quirófano:

—Llévenlo a la sala de «especiales». Debe guardar por unos días reposo absoluto.

Uno de los cirujanos-ayudantes preguntó:

— ¿Lo mismo que los otros, doctor Fraser?

—Exactamente lo mismo que los otros. ¡Ya saben lo que tienen que hacer!

Extrañamente, todos se llevaron la mano a la frente y Alan Fraser devolvió con igual gesto aquel saludo.

Y minutos después estaba en uno de los más lujosos restaurantes de Phoenix cenando con la atractiva Lori Brozy que había estrenado, para aquella ocasión, una vaporoso y elegante vestido hecho con finas fibras de algas marinas.

La rubia periodista parecía mostrarse muy satisfecha con su famoso y elegante acompañante y el cirujano preguntó:

— ¿No te molesta que te vean conmigo, querida Lori?

— ¡Oh, no, Alan! ¡Al contrario! ¡Me siento muy orgullosa! Me apostaría las pestañas a que todas las mujeres me envidian.

—Lo digo porque... ¡Ya sabes! La gente es muy chismosa. Todos recordarán que pude ser tu marido y que aquel día...

—Las reconciliaciones son mejor, Alan. ¡Son como la sal y pimienta!

— ¡Eres encantadora, cariño! Pero sabes por qué lo hice...

Ahora se pintó un gracioso mohín de disgusto en el atractivo rostro de la muchacha rubia.

— ¡Oh, sí! ¡La ciencia! ¡Te necesitaba!

— ¿No lo creíste así, Lori?

—Mejor no hablar de eso, Alan. Lo importante es que volvemos a ser buenos amigos.

—Yo sí que digo que para envidia de muchos. ¿Sabes quién no deja de observarnos desde aquella mesa?

—Sí, Alan... ¡Ya le he visto al entrar!

— ¿Te gusta ese hombre?

— ¡Psch!... Es simpático.

—Te he preguntado si te gusta, no si te cae simpático, Lori.

—Es muy distinto a ti, Alan.

— ¿Muy distinto? ¿En qué es distinto, Lori?

La muchacha miró con disimulo a la mesa ocupada por Ian Hendry y una linda muchacha de cabellos muy negros, que parecía comérselo con los ojos grandes y melosos. Al fin contestó a la apremiante pregunta de su pareja:

—Tú eres todo un caballero, Alan. ¡Un perfecto caballero! Y él... Bueno: ese policía mira muy descaradamente. Sus pupilas parecen rayos «Láser». ¡Taladran!

— ¿Te gusta eso, Lori?

Lori Brozy miró por un instante fijamente a su correcto acompañante. Tiempo atrás creía haber llegado a conocer muy bien a Alan Fraser. Pero últimamente, incluso meses antes de que la dejase plantada el día de su boda, ante el altar, creía haber empezado a observar en él cosas «raras», reacciones inexplicables, incluso absurdas.

Y aquella última pregunta era una de ellas.

—No, Alan... No me gusta eso. ¿Contento?

En la otra mesa ocurría casi lo mismo, pero con la diferencia de que era la joven de cabellos muy negros la que preguntaba:

— ¿Te gusta aquella rubia, Ian?

Ian Hendry intentó vanamente despistar:

— ¿Cuál, Ginger? No sé de quién me hablas.

— ¡Qué niño eres, Ian! Me refiero a Lori Brozy, la periodista que está cenando con el doctor Alan Fraser.

— ¡Ah, sí!... Aquella...

—Sí, Ian. ¡Aquella! ¡No has dejado de mirarla!

—Lleva un bonito vestido. ¡Eso es todo!

—La percha te gusta más. ¡Te conozco muy bien, Ian Hendry!

—Bueno, Ginger... Al fin y al cabo el jefe me dio vacaciones, ¿no?

—Por supuesto, Ian. ¡Pero al menos por esta noche, tu pareja soy yo!

—Perdona, Ginger: pero es que algo me está dando vueltas en la cabeza.

— ¿La rubia?

—No; su acompañante: el famoso doctor Alan Fraser.

— ¿Qué hay con él?

—Nada... Pero hoy realizó una de sus maravillosas operaciones en el Hospital Central. Oí las noticias esta tarde: creo que le salvó la vida al doctor Roy Mansfield.

—Nada de particular tiene eso. Alan Fraser es uno de los más expertos cirujanos y cada día realiza varias operaciones. ¡Y todas con éxito!

—Tienes razón, Ginger: eso nada tiene de particular. Pero sí que hoy, precisamente hoy, se haya visto obligado a operar al doctor Roy Mansfield para salvarle la vida en último extremo.

Ginger no parecía seguir el curso de sus pensamientos y continuó cenando. Pero Ian Hendry prosiguió por su parte:

—Y también es casual, precisamente hoy, Roy Mansfield se partiera la nuca al bañarse en su casa. ¡Lo mismo que el doctor James Rusk, al que también han operado en otro hospital!

La muchacha de cabellos muy negros miró a su pareja preocupada.

— ¿Qué te ocurre, Ian? ¡Pareces excitado!

—No es nada, Ginger: pero estoy pensando en una lista que le di al jefe y él rompió, concediéndome al poco mis «ganadas» vacaciones.

— ¿En qué lista, Ian?

—Perdona, Ginger. Tú no sabes nada de todo esto... ¿Qué prefieres de postre?

—Nada, Ian. Solo me apetece un poco de café y luego bailar contigo. ¡Hay una excelente orquesta aquí!

—Sí... Es muy agradable.

Bailaron, pero en el cerebro de Ian Henry se repetían, una y otra vez, con insistencia machacona, estos nombres: Roy Mansfield, James Rusk, Penélope Linton, Paul Hauber, Walter Rozier...

Los mismos que él creía haber leído, escritos en esperanto, al pie de cada celdilla de forma hexagonal que fugazmente logró ver en la amplia galería de la ahora polvorizada astronave...

Siguió bailando esforzándose por centrar su atención en su bella pareja, para librar su cerebro de aquellos pensamientos cuando, desde uno de los extremos de la pista, creyó distinguir que un camarero le hacía señas.

Se acercó sorteando las parejas y al hacerlo su espalda tropezó con la de Alan Fraser que, en aquel instante, también bailaba con Lori Brozy. Se volvió para pedir excusas y lo primero que encontraron sus ojos fueron unas grandes pupilas azules y una boca fresca que le sonreía.

El famoso cirujano siguió la dirección de los ojos de su pareja y los dos hombres se encontraron frente a frente. Ian Hendry parecía observarle con hostilidad, pero Alan Fraser sonrió, saludándole:

—Buenas noches, policía. Debía seguir en mi hospital, en vez de bailotear por aquí.

—Gracias por preocuparse por mi salud, doctor. Pero ya le dije que me encuentro perfectamente.

Y luego, cambiando el tono de su voz:

—Buenas noches, Lori. ¿Te diviertes?

—Lo mismo que usted, señor Hendry. ¡Va muy bien acompañado!

La morena Ginger agradeció el cumplido con algo que intentó ser una sonrisa.

—Es usted muy amable, señorita Brozy. ¡Digo lo mismo!

Alan Fraser se inclinó ligeramente, halagado.

—Perdonen: creo que aquel camarero me llama —se disculpó Ian Hendry.

— ¡Estos policías! ¡Siempre de servicio! —comentó el cirujano.

—Por esta vez se equivoca, doctor. ¡Precisamente hoy me dieron vacaciones!

— ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Veo que su jefe ha seguido mi consejo: a usted le hace falta descansar una larga temporada...

Ian Hendry llevó a su pareja hacia la mesa y luego se acercó al camarero.

— ¿Me llamaba usted a mí, amigo?

—Sí, señor: hay un caballero en los lavabos que parece desea hablar con usted.

— ¿Quién es?

—No lo sé, señor.

—Entonces... ¿cómo pudo localizarme? ¿Cómo sabe usted que ese «caballero» me busca a mí?

—Porque me dijo que era el hombre más alto de la sala, señor. Y usted...

—Está bien; voy a ver qué diablos quiere.

Avanzó directo hacia los cuartos de aseo y solo sus portentosos reflejos le salvaron de la sombra que le atacó al trasponer la puerta.

Una mano enguantada armada con una pistola eléctrica descendió y el ligero chasquido de la descarga se mezcló con un grito de dolor ante la fuerte torsión. El hombre inició una grotesca pirueta en el aire, pasando sobre las recias espaldas de Ian Hendry, que acompasando todos sus ágiles movimientos se agachó.

El misterioso atacante rodó y como una pelota de goma chocó contra las baldosas del suelo, intentando incorporarse para rectificar su fallido ataque. Pero el policía castigó su rostro con la puntera del zapato y creyó percibir un ruido de huesos rotos, mezclado con fuerte alarido.

El resto fue fácil.

Ian Hendry le desarmó, inclinándose sobre él para alzarlo por la pechera de la camisa. La tela cedió ante el peso y el hombre volvió a caer sobre el suelo. Estaba inconsciente y le examinó.

Al darle la vuelta vio una grande cicatriz en el cuello, detrás, casi en la nuca, que intentaba ser cubierta con un pañuelo.

El ruido de la breve pelea había sido inevitable y acudieron alarmados varios camareros y empleados. Ian Henry les mostró su credencial, ordenando:

—Llamen a un médico. Creo que se golpeó la cabeza.

Y recordando:

—El doctor Alan Fraser está aquí, bailando en la pista.

—Bien, señor.

El encargado del local acudió presuroso, así como algunas parejas próximas que dejaron de bailar y cenar.

— ¿Por qué le atacó ese hombre, señor?

—No lo sé. ¡No le vi en mi vida!

—Está desmayado.

Alan Fraser ya avanzaba por el pasillo seguido de Lori Brozy y otros curiosos.

— ¡Paso, por favor! Soy médico.

Ian Hendry le señaló al caído sobre la alfombra y el cirujano tomó el pulso de su muñeca durante medio minuto.

—Conmoción cerebral, policía. ¡Por lo visto pega usted muy fuerte!

—Se golpeó él solito al caer, doctor.

—Hay que trasladarle al hospital.

Dos agentes uniformados se acercaron a Ian Hendry poniéndose a su disposición.

—Acompañen al doctor Fraser, muchachos. ¡Y no me pierdan de vista a ese pajarraco!

— ¡A la orden, señor!

Alan Fraser se disculpó ante la periodista rubia:

—Lo siento, Lori. Ya ves que...

Ian Hendry intervino con prontitud:

—No se preocupe, doctor. En el hospital están los médicos de guardia que le atenderán. Usted puede seguir su fiesta.

—Insisto en acompañar a ese desgraciado. ¡Puede morir!

—No lo creo: los rufianes aguantan peores golpes. ¡Y ese tipo es un rufián! ¡O algo peor!

—Creo que no se ha dado usted cuenta de su estado de gravedad, policía. He visto una cicatriz en el cuello de ese hombre: no hace mucho que ha debido de sufrir una laboriosa operación craneal. Tanto por él como para averiguar qué motivos podía tener para atacarle, sería conveniente salvarle. ¿No le parece?

—Me parece de perlas, doctor. ¡Estoy rabiando por saber quién le ha enviado a matarme!

Lori Brozy abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules.

— ¿Han querido asesinarte, Ian?

Más tranquila, o intentando aparentarlo, Ginger intervino colgándose con aire posesivo del brazo de su pareja:

—No tema, señorita. Ian es muy correcto. Nunca se deja atrapar... ¡Por nadie!

La ambulancia partió y el policía se quedó con las dos mujeres. Por un instante las observó divertido y luego dijo, mientras apuraba su bebida y dejaba el vaso sobre la mesa:

—Me parece que habrá tormenta esta noche.

— ¿También meteorólogo, cariño?

—No, querida Ginger... ¡Más bien adivino!

Del local habían desaparecido muchas parejas. A nadie le gusta seguir en un sitio donde se ha intentado asesinar a una persona. La pista casi estaba vacía y los compases de la aburrida orquesta languidecían.

Ian Hendry invitó a la mujer rubia:

— ¿Un bailecito, Lori?

La periodista miró a la otra mujer de cabellos muy negros. Ginger volvió a intentar sonreír y con un esfuerzo lo consiguió.

Pero, mientras en la pista, Ian Hendry y Lori Brozy bailaban al parecer ajenos a todo lo que les rodeaba, la secretaria de Walter Rozier musitó para sí entre dientes:

—Sí... ¡Me parece que esta noche habrá tormenta!

Capítulo VI

Hubo tormenta.

Al menos para un hombre joven llamado Ian Hendry.

Cuando dejó a las dos mujeres en sus respectivos domicilios, al doblar la esquina de la calle 77 en su confluencia con la Avenida Neptuno, alguien disparó un rifle de rayos «Láser» y el vehículo quedó materialmente partido en dos, como segado por una poderosa lima.

Todo ocurrió en un segundo.

Ian Hendry no tuvo que molestarse en abrir la portezuela para salir del renqueante vehículo que, arrastrado por la inercia del reactor, siguió con ruido de chatarra vieja deslizándose por la calzada.

«Si llegan a acertar la parte delantera me hacen fosfatina», pensó.

Dobló por la esquina de la Avenida Neptuno y allí sacó su estilográfica. A unas cien yardas vio cruzar a otro nocheriego como él que con paso presuroso se dirigía a su casa. El hombre abrió el portal para entrar y ya se disponía a cerrarlo cuando sintió la respiración jadeante de otro hombre que le rogaba:

—Por favor, no cierre. ¡Déjeme entrar!

—Pero ¿quién es...?

Ian Hendry le mostró su credencial. Seguía con su estilográfica en la mano y manipulando diestramente en ella se disculpó:

—Perdone. Tengo que llamar a un amigo.

El hombre abrió ojos como platos,

— ¿Con «eso»?

—Sí, con esto. ¡Resulta muy práctico! Ya verá...

Al poco, Ian Hendry hablaba por el diminuto aparato de radio transmisor y receptor de su útil estilográfica:

— ¿Jefe...? Perdone que le despierte a estas horas, señor Rozier. ¡Tengo algo muy urgente que decirle!

La áspera voz del comandante general de la Policía Extraplanetaria brotó como un silbido de la estilográfica, para asombro del hombre que observaba a Ian Hendry en la penumbra del portal:

— ¡Condenado sea, Ian! ¿Qué diablos quiere ahora?

— ¡Vivir!... Sí, jefe, sí... ¡Seguir viviendo!

— ¡Eso es cuestión suya, chantre!

—No lo crea, jefe... ¡Es cuestión de otros! En esta noche han intentado

eliminarme dos veces. Y me temo que a la tercera...

— ¡No caerá esa breva, Ian! ¡Así podré seguir durmiendo tranquilo!

Irritado y ofendido, Ian Hendry pareció encararse con su estilográfica:

— ¿De veras quiere que me maten, jefe? Nunca pensé esto de usted.

— ¡Está bien, está bien! Venga a mi casa y me contará esa otra bonita «historia». ¡Corto!

— ¡Eh! ¡Un momento, señor Rozier! ¡No corte! No tengo vehículo para ir a su casa y usted vive donde el diablo dio las tres voces...

— ¿Qué ha hecho con el suyo? ¿Lo vendió?

—Nada de eso: aún me queda algo de la última paga. Pero resulta que me lo han segado...

— ¿Segado...?

—Sí... ¡Partido en dos como si fuera mantequilla!

Esta vez la respuesta se hizo esperar algo más, para indagar al fin:

— ¿«Láser»?

—Sí, jefe... ¡Rayos «Láser»! Y que yo sepa esa clase de armas solo las tenemos nosotros los policías y el Ejército.

— ¡Rayos y centellas! ¿Quién puede haber utilizado una de esas armas?

—Por ahora no estoy para averiguarlo. Ignoro de dónde viene el ataque. ¿Va a mandarme ayuda, sí o no?

—Dígame el sitio y ordenaré que una compañía dé una batida por ahí. ¡Luego viene inmediatamente a contármelo todo, Ian!

—De acuerdo, jefe —fue a cortar, pero añadió—: Mientras puede echar un sueñecito.

— ¡Al infierno! ¿Dónde diablos está?

Ian Hendry dio la dirección exacta y luego, palmeando la espalda del hombre del portal, le rogó:

— ¿Le molesta que suba a su casa a tomar un poco de café? ¡Créame que lo necesito!

—Bueno, yo... No sé si a estas horas mi esposa... La verdad es que pensaba entrar sin despertarla. No crea que acostumbro a salir, pero hoy...

—No se esfuerce, amigo. Comprendo: de vez en cuando no está mal echar una canita al aire. ¿Subimos?

— ¡Qué remedio! ¡Es usted de la policía!

Y el ascensor les llevó a la trigésima octava planta.

* * *

Embutido en su bata, Walter Rozier daba vueltas por la estancia visiblemente nervioso.

—Insisto, Ian. Usted debe de seguir de vacaciones.

— ¿No se da cuenta que me quieren eliminar por algo?

—No soy tonto, Ian. Me doy perfectamente cuenta y sé por qué.

—Alguien teme que cuente lo que vi en las celdillas hexagonales de aquella astronave del infierno. ¡Le digo que es cierto que vi cerebros

cociéndose en su propio caldo!

—Sí, ya sé... ¡Y que tenían sus respectivos rotulitos escritos en esperanto! ¿No es así, muchacho?

— ¿Aún lo duda después de sufrir estos dos atentados?

—Tres, Ian... ¡Tres!

— ¡Exacto, jefe! Tres... Porque en la astronave también quisieron eliminarme y me soltaron aquel chorro de rayos paralizantes. Cada vez me confirmo más en mi sospecha de que aquel primer ataque no fue obra de los invisibles tripulantes desconocidos, sino de alguno de los que estaban allí conmigo.

—Cuidado, Ian: eso es presuponer que los de la Tierra están en conexión con los que nos enviaron a los visitantes.

— ¿Y por qué no? Atando cabos he llegado a esa conclusión.

—Yo he llegado a otra.

— ¿Cuál, jefe?

—Esa astronave que tanto nos ha dado que pensar, no vino de otro Sistema Solar ni de otra Galaxia.

Walter Rozier vio la incredulidad pintada en el rostro de su joven ayudante y remachó, para confirmar su tesis:

—Lo confirma el hecho de que usted viera allí los pequeños rotulitos sobre las celdillas, con los nombres escritos en esperanto: Roy Mansfield, James Rusk, Penélope Linton, Paul Hauber y... ¡el mío!

—Vi muchos más, pero no me dio tiempo a memorizarlos. Estoy seguro de que cada celdilla tenía su nombre correspondiente. ¡Y calculé que había miles de ellas!

—Hay más, Ian: usted dijo que vio... o creyó ver allí, cerebros humanos como en «conserva», vivos y palpitantes. ¿No fue así?

—Así fue, jefe. ¡Me atrevería a jurarlo!

—De acuerdo: no discutamos eso más. De aquí se deduce que quienes fuera que sean solo pueden enviarnos cerebros humanos, ¿no? Por eso pienso que esa astronave no llegó de otros mundos, de otras posibles civilizaciones racionales que puedan existir en el espacio...

—Su teoría falla.

— ¿En qué, Ian?

— ¿Olvida los informes de los astrónomos? Todos coincidieron en que ese cuerpo extraño que viajaba por el espacio venía de más allá de nuestro Sistema Solar. Le localizaron mucho antes de que entrase, por decirlo así, en las órbitas de nuestro Sistema. Su velocidad era diez veces superior a la más rápida y moderna de las astronaves que el hombre ha creado hasta ahora: los técnicos también demostraron, después de que explotase, que estaba construida con aleaciones de metales muy parecidos a los que utilizamos, pero no iguales. Su estructura era totalmente ajena a la que nosotros solemos dar a los vehículos espaciales, y en cuanto a su interior, usted mismo estuvo allí con todos nosotros y pudo comprobarlo.

—Sí... Recuerdo que más bien parecía un gigantesco ataúd metálico.

—O un enorme laboratorio volante para mantener en hibernación aquellos cerebros, cada uno en su celdilla, cada uno con su nombrecito correspondiente.

— ¡Ahí le quiero yo! ¿Cómo diablos explica que en otros mundos, en otra Galaxia, conozcan nuestro idioma adoptado por unanimidad en todo nuestro Sistema Solar? ¿Y qué me dice de los nombrecitos? ¡Incluyendo el mío!

Ian Hendry guardó silencio y su jefe prosiguió tras una pausa:

—Porque, vamos, no creo que en otros mundos nadie haya podido llegar a enterarse que Walter Rozier existe. ¿No le parece, querido muchacho?

—Así parece, pero su nombre estaba allí, jefe. ¡Fue el que más me llamó la atención!

—Por cierto que los demás también pertenecen a hombres con cargos importantes. Roy Mansfield es una de las celebridades médicas más importantes, y no digamos James Rusk.

—Los dos han sufrido graves accidentes en su casa, cayéndose en la bañera cuando iban a asearse.

—Lo sé, Ian: y también que ese mago del bisturí les ha salvado la vida operándoles en el Hospital Central. Creo que los dos llegaron con la nuca abierta, destrozada...

—Me huele que en esos «casuales» accidentes, casi idénticos los dos, hay excesivas concurrencias.

— ¿Qué insinúa?

—Nada por ahora. No me gusta dejarme llevar por mis antipatías personales. ¡Da mal resultado!

Ian Hendry se acercó a un mueble-bar y se sirvió una copa de un licor ambarino que ya había probado otras veces, en anteriores visitas a la casa de su jefe. Sabía que tenía buen paladar y que se hacía servir aquel licor transportado desde Venus, en donde los científicos habían descubierto la propiedad exquisita de una rara planta que proporcionaba, además de un agradable sabor, redobladas energías en las fatigosas horas de cualquier trabajo.

La voz de Walter Rozier sonó a su espalda, advirtiéndole:

—Con tiento, Ian: no me queda más que ese hasta el nuevo envío.

—No sea tacaño, jefe. ¡Solo es un traguito!

Fue al acercar la copa a sus labios cuando un sexto sentido le advirtió.

O quizá su fino olfato de sabueso.

El caso es que no bebió y empezó a olisquear el líquido, para terminar por decir:

—Esto no es «Ambrosía de Venus», jefe. Esta vez le han dado gato por liebre.

— ¡Imposible! Me lo trajo el capitán Krone de Venus.

— ¿A usted mismo le dio la botella?

—No... Le dije que se la entregase a mi nuevo criado.

— ¿Tiene un nuevo criado?

—Sí; Modial resbaló en el jardín y tuve que admitir a este.

— ¡Hum! Excesivos resbalones y caídas. ¿No le parece, señor Rozier?

— ¡Diablos! ¡No había pensado en eso! ¿Cree que tiene alguna conexión con los accidentes que han sufrido los doctores Roy Mansfield y James Rusk?

—Pudiera ser... ¿Puedo llamar a su nuevo criado?

Ian Hendry pulsó el timbre sin esperar el consentimiento y al poco entró un hombre bajito y rechoncho en la estancia. Sus facciones asiáticas se distendieron al mirar a Walter Rozier y en perfecto esperanto preguntó:

— ¿Me necesita el señor?

—El señor no le necesita, pero yo sí, amigo. ¿Cómo se llama?

—Yuley Kan, señor.

Ian Hendry se acercó al criado de raza asiática mostrándole la botella que debía contener el delicioso licor de «Ambrosía de Venus».

— ¿El capitán Krone le dio esta botella?

—Así es, señor...

—Fíjese bien, Yuley Kan... ¿Esta misma botella?

—Bueno... Sí, señor. Yo mismo la descorché.

Walter Rozier frunció el ceño, protestando:

— ¿Por qué hizo eso, Yuley Kan? ¿No cree que son excesivas confianzas?

—Quise ahorrarle molestias al señor.

—Me gusta descorchar las botellas: sobre todo las que traen desde tan lejos especialmente para mí.

Ian Hendry sonrió excusando al criado.

—Perdónele, jefe; lo hizo para así echar un traguito, ¿verdad?

—Así es, señor... Yo... Este humilde criado... Le pido mil excusas, señor.

Ian Hendry le alargó la botella.

—Este humilde criado va a volver a echar otro traguito. ¿No es así?

—Muy amable, señor, pero...

— ¡Beba!

El criado asiático reflejó el terror en sus ojos.

— ¿Yo?... No... ¡No debo hacerlo!

Dio media vuelta y fue a retirarse cuando en pocas zancadas Ian Hendry le atrapó por el cuello.

Y entonces pudo ver una gran cicatriz allí.

— ¡Qué casualidad! —exclamó—. Ya he visto otra cicatriz como esa.

El criado chino explicó:

—Fue una caída, señor. Resbalé y... ¡No hace mucho me operaron!

— ¡Lo suponía! ¿En el Hospital Central de Phoenix, quizá...?

—No... en Pekín.

—Está bien: dejemos eso de la operación ahora. Solo quiero que eche otro traguito de esto. ¡Ahora le invito yo!

—No lo haré, señor. Sería una descortesía ante el señor Rozier.

— ¡Pamplinas, Yuley Kan! Vas a beber ahora mismo porque te lo ordeno.

Y veloz, la mano libre de la botella de Ian Hendry empuñó su pistola de rayos paralizantes.

— ¡O bebes o te parto en dos, amigo! ¡Te está apuntando un arma que lanza rayos «Láser»!

El chino volvió a temblar como una frágil hoja sacudida por un huracán.

— ¡No, señor! ¡No me obligue!

—Si antes de contar tres no has bebido, rufián... ¡Dispararé! Tenemos muchos medios para explicar la presencia de un cuerpo carbonizado en cualquier sitio... ¡Bebe!

Y empezó la cuenta:

— ¡Uno!... ¡Dos!... Y...

Yuley Kan se precipitó hacia la botella y bebió.

Y el criado chino cayó al suelo como fulminado.

— ¡Santo cielo! —exclamó Walter Rozier—. ¡Alguien intentaba envenenarme!

Ambos se inclinaron sobre el hombre caído. Y el comandante general de la Policía Extraplanetaria volvió a hablar:

— ¿Muerto, Ian?

—No... Su corazón late. Al parecer lo único que ha quedado paralizado es su cerebro.

— ¿Su cerebro?

La pregunta de Walter Rozier fue pronunciada como un eco.

—Sí, jefe... ¡Su cerebro! Y alguien quería que eso le pasara a usted.

— ¿Sospecha de ese hombre, Ian?

—Sí... No sé por qué, pero esa cicatriz que tiene en el cuello en la parte de atrás me hace identificarle con el bribón que intentó asesinarme en un elegante local mientras me divertía con su secretaria.

Guardaron silencio y al fin Walter Rozier reaccionó:

—Voy a llamar a un médico. ¡No quiero esa basura aquí!

—Llame a uno que no pertenezca al Hospital General. ¡Es otra de mis intuiciones, jefe!

— ¿Alan Fraser, quizá...?

—Sí, señor Rozier... ¡Empiezo a sospechar en firme de él!

Capítulo VII

El dictamen del doctor Castro fue concluyente tras el detenido examen:

—Este hombre morirá, a menos que se le practique una peligrosa operación en el cerebro.

Walter Rozier quiso saber:

— ¿La resistirá?

—No puedo asegurar nada. Por lo visto ya sufrió otra intervención no hace mucho.

Ian Hendry preguntó a su vez mirando el lívido rostro del criado asiático:

— ¿Qué le produjo ese estado, doctor?

—Algo que agarrotó los vasos que riegan la masa del encéfalo.

— ¿Puede producirse eso también por un golpe?

—Sí, en caso de quedar deteriorado uno de los dos lóbulos temporales.

El doctor Castró metió en su maletín los instrumentos y recomendó:

—Deben llamar al Hospital General. El doctor Alan Fraser es un óptimo especialista en esta clase de operaciones.

—Lo sabemos, doctor. Pero prefiero que se cuide usted de él. ¡Y en riguroso secreto!

La petición de Walter Rozier sorprendió al doctor Castro.

— ¿Puedo preguntarle por qué, señor?

—No... ¡Ya le he dicho que es riguroso secreto! Le lleva a su clínica particular y allí le opera. Una vez que ese hombre pueda hablar averiguaremos muchas cosas.

—Usted manda, señor. Personalmente no le conocía, pero sé que esto me lo ordena el comandante general de la Policía Extraplanetaria.

—Así es, doctor. Y tenga en cuenta que ese... «paciente» queda a su cargo. ¡Usted me responde de él!

—Bueno, yo... señor... No puedo asegurar que la operación sea un éxito.

En su estado...

Ian Hendry se acercó exclamando:

—Esto me recuerda otro caso. En el Hospital Central hay otro hombre que al parecer también se lastimó en la nuca al caer. ¡Voy a preguntar por él!

Instantes después dejaba de comunicar y su cara era todo un poema al decir:

— ¡Me lo figuraba! Personalmente, el «infalible» doctor Alan Fraser me ha comunicado que nuestro querido amigo... ¡ha muerto!

— ¡Cuánto lo siento! —exclamó el doctor Castro—. Esto me resta ánimos, porque si el maestro ha fallado, yo...

— ¿El maestro?

—Entre los de la profesión es corriente llamar así al doctor Alan Fraser, señor. No importa que sea tan joven: su técnica operatoria es sencillamente maravillosa.

—Sí, creo que sí, doctor.

La ambulancia esperaba en el jardín y retirado el cuerpo de Yuley Kan por los camilleros el doctor Castro se despidió:

—Buenas noches, caballeros. Ya les tendré al corriente...

—No se moleste, doctor: lo harán mis hombres. He dado órdenes al teniente Ebrasko de que se instale en su clínica durante algunos días. Mientras tengan allí al «paciente».

—Usted manda, señor.

Dio media vuelta y caminó hacia la puerta hasta que la voz de Ian Hendry le detuvo al preguntar:

—Doctor Castro... ¿Ha sido usted también operado en alguna ocasión en la nuca?

El médico volvió a girar sobre sí mismo llevándose instintivamente la mano al cuello, a la parte trasera.

— ¿Eh?... No... no... ¿Por qué, señor?

— ¡Oh, por nada! Creí ver una tenue cicatriz en su piel al retirarse.

—Fue un simple rasguño... ¡Me arañó mi gato!

—Tenga cuidado y eduque a su minino, doctor... ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señores.

Ya a solas con Walter Rozier, con prontitud Ian Hendry se acercó a su jefe y señalando al exterior por el ventanal dijo:

—Haga que vigilen también a ese hombre, señor Rozier. Y sobre todo quítele a su criado chino de las manos. ¡Que no le opere él!

— ¿Quién le entiende, Ian? Usted mismo me recomendó que no llamase al Hospital Central y recurriéramos a un cirujano particular. Lo hice, llamé al doctor Castro y ahora...

— ¡Tiene la cicatriz! ¿No se ha fijado?

— ¿Qué cicatriz, Ian?

—Una que ya empieza a darme mala espina, señor. ¡Y todas en el mismo sitio!

Quedó un instante pensativo antes de añadir:

—Me gustaría saber si Alan Fraser tiene la misma cicatriz en el cuello... Sospecho que sí porque siempre lleva un fino pañuelo de seda.

—Pero ¿qué diablos está pensando, muchacho?

— ¿Lo suelto, jefe?

— ¡Adelante! —le animó—. ¿Desde cuándo se ha dejado usted algo en el coleto?

—Pues ahí va, por gorda que parezca: me temo que un gran peligro se cierne sobre la Tierra. Una especie de confabulación a escala internacional. Algo que nos amenaza desde el exterior y también desde el interior. Algo inexplicable todavía pero que a nosotros nos toca descubrir. ¡Y me zampo un zapato si ese criado de piel amarilla no muere sin decirnos esta boca es mía!

— ¿Asesinado, Ian?

—Llámelo como quiera: su cerebro seguirá paralizado a menos que se lo quite de las manos a ese ceremonioso doctor Castro.

Walter Rozier le miró dubitativamente al decir:

—A veces tengo la molesta sensación de que usted es el jefe y yo su subordinado, Ian. ¡Pero todo sea por sus intuiciones! Ordenaré al teniente Ebrasko que trasladen a Yuley Kan a otra clínica particular. ¿Cuál prefiere, muchacho?

La pantalla del visófono vibró y al conectarlo comprobaron que la llamada venía precisamente del coche patrulla del teniente Ebrasko. Su imagen apareció algo borrosa debido al intenso tráfico que empezaba con el nuevo día y su voz vibró algo trémula:

— ¿Señor Rozier?

—Sí, teniente. ¿Qué hay?

—El doctor Castro me comunica que su criado ha muerto. Hemos detenido la ambulancia. ¿Adónde llevamos el cadáver?

Rotos los nervios, tras una fugaz mirada a Ian Hendry, el comandante general de la Policía Extraplanetaria bramó:

— ¡Al infierno, teniente! ¡Pero le ordeno que ni de día ni de noche pierdan de vista a ese doctorcito Castro! ¿Ha entendido bien?

—Perfectamente, señor.

Fue a desconectar el aparato cuando una muda seña de su joven ayudante le detuvo:

— ¿Qué hay ahora, Ian? ¿Se le ocurre dar otra orden al teniente Ebrasko?

—Si no le molesta, así es, señor...

— ¡Adelante! Póngase ante la pantalla para que le vea bien.

Ian Hendry lo hizo y entró en comunicación directa con el teniente.

—Escucha bien, Ebrasko: lleva ese cadáver a nuestros laboratorios. Que le hagan análisis hasta de las uñas de los pies. ¡Hasta de sus calcetines!

—De acuerdo, Ian. ¿Qué más?

—Tú mismo te encargarás de traer al jefe los informes. Sobre todo que le analicen el cerebro. Diles a nuestro cuerpo médico que tienen carta blanca.

¡Son órdenes del jefe!

Walter Rozier le miró como si por primera vez en su vida le viera, se señaló mudamente al pecho y cuando había cortado la comunicación balbuceó:

— ¿De veras son órdenes mías, Ian?... ¡Es sorprendente, muchacho! Ya me había acostumbrado a que las diera usted.

—Solo una última indicación, señor: al fin y al cabo soy su ayudante, ¿no?

— ¿Quién es ayudante de quién, bribón? ¡Adelante!

—Con respecto a los doctores Roy Mansfield y James Rusk ya no se puede hacer nada, porque sufrieron su «accidente» y han sido ya «operados». Usted también estuvo cerca de serlo, si en vez de obligar a su nuevo criado a que bebiera de ese condenado líquido lo bebe usted como todas las noches. Pero de aquellos nombres que leí en las celdillas de la astronave aún quedan los de Paul Hauber y Penélope Linton.

— ¿Adónde va a parar, Ian?

—Ordene que les den fuerte escolta. Me temo que también pueda ocurrirles «algo».

—Eso ya lo había pensado yo. ¡Lo haré!

—Otra cosa, señor: ¿quién es Penélope Linton?

— ¿Vive en las nubes, hijito? Penélope Linton es una maravillosa mujer. Recientemente el Gobierno Central la nombró Delegada de Sanidad.

— ¿Cuáles son sus funciones?

—No sé, pero... Creo que debe visitar todas nuestras colonias establecidas en los diversos planetas. Tiene altos poderes especiales y como Delegada del Gobierno Central todas las autoridades sanitarias deben someterse a sus órdenes. Por supuesto que es una persona muy preparada y probadamente justa. Sus meticulosos informes siempre han sido ponderados y certeros.

—Me gustaría darle personalmente escolta a esa especie de «reina».

— ¿Se olvida que al parecer usted también está amenazado? Dos atentados en una misma noche es todo un récord.

— ¿No pensará ponerme escolta a mí también, verdad, jefe?

—Haré algo mejor: conjugaré su deseo de proteger a Penélope Linton, con la necesidad de protegerle a usted también.

— ¡Bonita combinación! ¿Cómo lo conseguirá?

—Enviándole de «vacaciones» a donde está ella.

— ¿A China?

—Algo más lejos, Ian... Un poquito más lejos nada más.

— ¿Le gusta el «suspense», jefe? ¡Suéltelo ya!

— ¡A Neptuno! ¡Nuestra última avanzada!

Ian Hendry se dejó caer sobre un blando sofá, cerrado los ojos empezando a imaginarse un largo viaje planetario de cuatro mil cuatrocientos noventa y cuatro millones de kilómetros.

¡Tendría tiempo para reflexionar!

Capítulo VIII

Hicieron escala en Marte y en Júpiter y dos días después, desde la torre de control del anillo exterior de Saturno, la pantalla de radar le indicó al vigía del servicio del tráfico planetario que una astronave procedente de la Tierra se acercaba al máximo de su velocidad.

Cerebros electrónicos, computadoras y mil complicados mecanismos entraron por sí solos en silencioso funcionamiento, y dos minutos más tarde, con la precisión matemática que siempre se realizaban estos cálculos, la voz del vigía de la torre de control anunciaba por unos altavoces:

— ¡Atención! ¡Atención! Preparen las pistas del astropuerto... «Z-15-26» pide entrada en la Base.

Con su pericia acostumbrada el capitán Krone maniobró y tras soltar los mandos se aflojó el cinturón de seguridad diciéndole a su copiloto:

—Hemos llegado, Ian. ¿Puedes decirme a qué viene esta escala innecesaria?

Ian Hendry también se libró del cinturón, comentando:

—Simple operación de dispersión, Krone. ¡Solo eso!

—Explícate mejor, chico. ¡No tomo onda!

—Voy a Neptuno, pero en la Tierra todos deben pensar que voy a disfrutar mis «vacaciones» aquí, en esta Base Espacial situada cerca del anillo exterior de Saturno.

— ¡Pues vas a divertirte aquí! Esto es como un gigantesco huevo metálico suspendido en el vacío.

—Te he dicho que no me voy a quedar, aunque parezca que será así.

— ¿A qué vienen tantas precauciones?

Mientras la astronave era transportada por la pista movible descendiendo por un tobogán hacia el interior de la Base, donde no hacía falta utilizar equipos especiales debido a la atmósfera normal que allí reinaba, cómicamente Ian Hendry se llevó un índice a los labios y musitó a su compañero de viaje:

—«Top secret», amigo Krone. ¡Ni a ti puedo decírtelo!

La astronave seguía hacia el interior pasando por una serie de compartimientos que parecían tener vida propia por la perfecta sincronización de sus mecanismos, y el capitán Krone, molesto por aquella falta de confianza del amigo, rezongó:

—No sé lo que os traéis entre manos tú y el viejo, pero...

—Cuidado, Krone: si le digo al jefe que le llamas viejo... ¡te expedienta!

—No me importa. Voy a casarme y dejaré el servicio.

El jefe de la Base Espacial les recibió.

Era un hombre alto y huesudo, con ojos saltones y totalmente calvo. Se rumoreaba que estaba amargado porque llevaba veinte años destinado allí, apartado del mundo y rigiendo aquella pequeña colonia de sabios y científicos empeñados en la dura tarea de hacer posible el establecimiento de bases terrícolas sobre la superficie del planeta Saturno.

Las dificultades eran muchas y mayores que las que se habían encontrado en Mercurio, Venus, Marte y Júpiter. El sexto planeta, Saturno, parecía empeñarse en guardar celosamente sus secretos, protegido por los densos anillos gaseosos que le circundaban.

—Sean bienvenidos —dijo secamente el jefe de la Base.

Ian Hendry y el capitán Krone le devolvieron el saludo, a él y a los numerosos ayudantes que le acompañaban. Todos eran hombres y mujeres de ciencia dedicados a las más diversas disciplinas del ya amplio saber humano: duros trabajadores del presente y apóstoles del futuro, que parecía presentarse para la raza humana cuajado de prometedoras esperanzas, sin fin.

Ian Hendry quiso romper la habitual sequedad del jefe de la Base y preguntó con la sonrisa en los labios:

— ¿Cómo están sus «hormigas», general Finlay?

David Finlay no contestó directamente a la pregunta. Se limitó a encogerse de hombros y formular otra:

— ¿Viene usted para quedarse, comandante Hendry?

—Supongo que recibirían el mensaje. El jefe me dio unas inesperadas vacaciones y...

David Finlay volvió a encoger levemente los hombros y atajó, entrando en el ascensor que les bajaría a las entrañas mismas de la gigantesca Base Espacial:

—Ahorre disimulos, comandante: es obvio que un hombre como usted no viene a disfrutar sus vacaciones a este apartado rincón. Como usted bien sabe, mis diez mil «hormigas» están muy atareadas en su trabajo y no podrán

dedicarle mucho tiempo. Si ha venido con alguna misión especial, le ruego que me lo diga y quizá pueda ahorrarle trabajo.

Esta vez fue Ian Hendry quien no contestó, formulando a su vez una pregunta inesperada:

— ¿Aún tienen a aquella linda pelirroja en el laboratorio atómico, general Finlay?

Hubo duda en los ojos saltones del jefe de la Base y al fin inquirió:

— ¿Se refiere a Annette?

— ¡Sí!... Creo que se llama así.

—Sigue aquí: todo mi personal firma contrato por varios años.

—Me alegro. ¡Es muy simpática!

El general David Finlay se cuadró militarmente al llegar a la plataforma central, saludó con desgana y dijo:

—Capitán Krone, entregue su hoja de ruta en la Administración... Y repito, caballeros: sean bienvenidos.

Giró sobre sus talones seguido de sus ayudantes y entonces Ian Hendry se fijó en una especie de parche blanco que el general David Finlay tenía en el cuello. El blanco esparadrapo destacaba en aquella cabeza totalmente calva, pese a que el cuello de la camisa parecía intentar ocultarlo.

Y ya se retiraban cuando Ian Hendry tuvo que gritar al decir:

— ¡Un momento, general!

El hombre volvió a girar sobre sus tacones, rígidamente.

— ¿Qué desea, comandante Hendry?

—Solo preguntarle una cosa.

—Diga... ¡Estoy esperando!

— ¿Ha disfrutado usted de algún permiso? ¿Fue a la Tierra últimamente?

La respuesta sonó seca, tajante:

— ¡No! ¿Por qué?

— ¡Oh! Por nada... Me estaba preguntando dónde le hicieron esa operación...

La huesuda mano de David Finlay ascendió hacia la parte inferior de su nuca, tocando el blanco esparadrapo.

Pareció dudar, pero al fin dijo:

—Me la hicieron aquí. Entre mis «hormigas» contamos con buenos cirujanos. ¿No lo sabía?

—Sí, claro... Es de suponer que en un cuadro tan completo de colaboradores cuenten ustedes con excelentes cirujanos.

— ¿Alguna pregunta más, comandante Hendry?

—Ninguna, general Finlay. ¡Usted siempre tan amable y de tan buen humor!

David Finlay volvió a girarse por tercera vez y dijo a su séquito de ayudantes:

—Vamos... Ya saben dónde tienen que presentarse para que los instalen.

Y las pisadas sonaron secas y rotundas sobre el suelo metálico del amplio

pasillo, mientras se alejaban.

* * *

Desde la ducha, el capitán Krone preguntó alzando la voz para que el chorro de agua no amortiguara sus palabras:

— ¿Qué estás buscando en mi equipaje, Ian? Que seas policía y el ayudante preferido del jefe no te da derecho a husmear mis cosas.

—Que Dios te conserve el oído, Krone. Creí que desde la ducha no te darías cuenta de que hurgaba en tus maletas.

Krone salió con el cuerpo musculoso envuelto en blanca toalla.

— ¿Al menos dime qué buscas? En mis viajes no suelo llevar contrabando.

—Busco uno de tus uniformes: por supuesto el más nuevo y elegante.

— ¿Para qué diablos quieres uno de mis uniformes?

—Te lo dije antes, muchacho. ¡Mi misión es secreta!

— ¡Narices! No voy a consentir que...

La puerta se abrió y el capitán Krone corrió como un conejo asustado hacia la ducha, pugnando por cubrir totalmente su cuerpo con la blanca toalla.

En el dintel de la entrada una espléndida mujer pelirroja de ojos grandes y vivaces les contemplaba mostrándoles presumida y orgullosa su atractiva silueta.

Ian Hendry corrió hacia ella con los brazos abiertos.

— ¡Annette! ¡Mi espléndida y querida Annette!

— ¿Cómo estás, truhan? Veo que el tiempo no pasa por ti.

Se fundieron en estrecho abrazo y al besarse, desde la puerta de la ducha el capitán Krone silbó significativamente.

— ¿No hay nada para mí? —protestó.

—Tú termina de vestirte y calla.

— ¿Y cómo voy hacerlo, si pretendes quitarme mis uniformes?

Esta vez Ian Hendry se desprendió de los sedosos brazos de la muchacha y miró al amigo con cólera.

— ¿Quieres callar de una vez, Krone?

—Está bien... ¡Está bien! Si lo prefieres seguiré bajo la ducha mientras tú saludas a esa preciosidad.

Cerró la puerta con estrépito y Annette preguntó acercándose a las dos maletas abiertas que Ian Hendry procuraba cerrar:

— ¿Crees que lo hará, cariño?

— ¿El qué?

—Seguir bajo la ducha como un pollo en remojo.

— ¡Allá él! Tú y yo iremos a comer. ¡Tengo un hambre canina!

— ¿No me has traído ningún regalo?

—Perfume... Luego te lo daré.

—Lo quiero ahora. ¿Son estas tus maletas?

—No... ¡Déjalas quietas! Te he dicho que luego te daré el perfume.

Ya en uno de los comedores de la Base, observando al personal que estaba

siendo servido, Ian Hendry preguntó a la muchacha pelirroja:

— ¿Notaste algo raro últimamente aquí, Annette?

—No, ¿por qué? ¿Vienes en comisión de servicio? ¿Tienes que investigar algo, Ian?

—Soy yo quien hace las preguntas, Annette. ¡No tú!

—Adelante, cariño. ¡Soy toda oídos!

—Más que oídos lo que hacen falta son ojos. Y los tuyos son muy hermosos y grandes, pequeña. Por eso estoy seguro que habrás observado últimamente algunas cosas extrañas en la Base.

—A no ser que te refieras al doctor Stuart...

— ¿Qué pasa con ese doctor? ¡Habla!

—Es nuevo. Solo lleva unos seis meses aquí. El anterior, tontamente, resbaló por una escalerilla y se fracturó el cráneo.

— ¿Tontamente? ¿Cómo ocurrió eso?

—Bajaba al quirófano: uno de los mecánicos fue atrapado por los motores de refrigeración y se destrozó una mano. El doctor Reiner le iba a operar cuando parece que se mareó y bajó rodando escaleras abajo.

Ian Hendry iba tomando nota mentalmente y cada vez más interesado quiso saber:

— ¿Murió el doctor Reiner?

—No lo sé: no es cosa de mi Departamento, Ian. ¡Bastante trabajo tengo con la regeneración de mis átomos, chico!

—Pero en la Base se comentaría algo, se hablaría de la «tonta» caída del doctor Reiner. ¿No fue así?

—Algo me dijo el general Finlay: creo que le devolvieron a la Tierra y entonces fue cuando llegó el doctor Stuart para ocupar su puesto.

—Bien, Annette: ahora contéstame a esto si lo sabes. ¿El general David Finlay, vuestro jefe, sufrió también alguna «tonta» caída, algún «accidente»?

—Eso todo el mundo lo sabe aquí, Ian. Tuvo que guardar cama.

— ¿Por qué? ¿Qué le ocurrió?

—Salió en un viaje de exploración y regresó conmocionado. La astronave sufrió una fuerte sacudida al acercarse con exceso a la zona gaseosa del anillo exterior de Saturno. Entonces oí que el nuevo doctor Stuart tuvo que someter a una urgente operación a él y a los tripulantes.

— ¿Cómo pudo regresar la astronave?

—Por el piloto mecánico, Ian. Los policías no entendéis mucho de estas cosas, pero siempre que se realiza uno de esos viajes de exploración, se toman toda clase de precauciones. ¡Esos viajes son muy peligrosos!

Ian Hendry hundió la vista en el fondo del plato y musitó quedamente:

—Otras «cosas» son mucho más peligrosas, querida Annette.

Alzó la vista, observó la muda preocupación en aquellos ojos bellos y comentó para quitar solemnidad a su anterior comentario:

— ¿Sabes que este guiso es excelente, cariño? ¿Quién lo hace?

—Una máquina: hace todos nuestros menús automáticamente.

—Lo siento: me habría gustado felicitar a la cocinera.

La mujer se levantó, arreglando coquetamente los pliegues de su bata blanca.

—Tengo que regresar al trabajo. ¿Nos veremos luego, Ian?

Ian Hendry mintió con todo su aplomo, también levantándose:

—Por supuesto. Estoy de vacaciones y he venido aquí precisamente por estar tú, Annette...

— ¡Eres un sol, Ian! Hasta luego...

Taconeó hacia la salida recreándose en su rítmico andar. Se sabía observada por Ian Hendry aunque este, pensando en otras cosas, la alcanzó preguntando:

— ¿Dónde puedo ver a ese doctor Stuart?

La muchacha señaló hacia el fondo de la sala, donde un grupo de hombres comían en torno a una de las mesas.

—Es aquel... El más grueso. Todos llevan bata blanca pero le distinguirás porque lleva...

—No te molestes más, Annette. ¡Ya veo lo que lleva!

Y apartándose de la mujer caminó hacia la mesa señalada sin apartar sus ojos de un esparadrapo blanco que el hombre señalado como el doctor Stuart tenía en el cuello.

Capítulo IX

Al descender en el astropuerto de Neptuno, Lori Brozy se llevó una desagradable sorpresa.

Allí, al pie de la astronave, parecía esperarla una mujer que no le era simpática. De ella solo sabía que se llamaba Ginger y que era la secretaria del jefe de Ian Hendry, el hombre que le había enviado un urgente mensaje desde Urano diciéndole:

> La quiero dentro de una semana en Neptuno. Sé que es una auténtica periodista y acudirá a mi cita, porque estoy en disposición de darle material con el que podrá escribir los artículos más sensacionales de toda la historia humana. No falte.
>
> Ian Hendry.

En Neptuno hacía una temperatura escalofriante: 200 grados bajo cero. Pero este inconveniente y otros muchos los había salvado ya la ciencia.

Con un diámetro de 45.000 kilómetros y un volumen 43 veces mayor que de la Tierra, en Neptuno no importaba que sus años solares durasen 164 años con 280 días terrestres.

Prácticamente el planeta gigante estaba minado por interminables túneles y galerías de miles de kilómetros, y la vida humana podía desarrollarse allí en óptimas condiciones debido a la atmósfera artificial, creada por gigantescas turbinas atómicas, ya que la energía solar casi no podía ser utilizada al describir sus órbitas el planeta a la distancia de 4.494 millones de kilómetros del Astro Rey.

Es más: en Neptuno se podía vivir mejor que en la Tierra.

Sus modernas ciudades, construidas con los mayores adelantos y con concepciones nuevas de la arquitectura, no habían encontrado en su inicial desarrollo los añejos impedimentos que se vieron obligadas a soportar Nueva York o Londres, Pekín o Moscú, París o Sídney, Brasilia o Johannesburgo.

En Neptuno todo era nuevo, reluciente, moderno, cómodo y extremadamente utilitario.

Era la Última Frontera de la raza humana.

Más allá, a mil cuatrocientos millones de distancia, tan solo quedaba el nebuloso planeta Plutón, último hito por conquistar del Sistema Solar.

Luego venía el inmenso vacío del hiperespacio, con nuevas galaxias, nuevos sistemas, nuevos mundos y quizá... ¿Quién lo sabía?, otras civilizaciones.

Posiblemente como una ironía de todo esto, cuando Lori Brozy saludó a la muchacha de cabellos muy negros, lo hizo con estas palabras:

—Otra vez nos vemos, señorita Ginger. ¡Qué pequeño es el mundo!

La secretaria más directa del comandante general de la Policía Extraplanetaria la fulminó con sus pupilas negras, limitándose a decir:

—No crea que es una casualidad, señorita Brozy. No hace mucho que he llegado aquí para recibirla.

— ¿A mí?... ¿Y a qué debo el honor?

—Son órdenes.

— ¿De su jefe?

—No... De Ian Hendry.

La muchacha rubia hizo un gracioso mohín de disgusto, sin perder de vista su voluminoso equipaje que los empleados estaban llevando hacia el Departamento de Esterilización, medida cumplida a rajatabla para destruir posibles gérmenes patógenos.

Aquello la alarmó y dijo:

— ¿Que van hacer con mi equipaje?

—Desinfectarlo, señorita Brozy. Es la regla.

Lori Brozy no supo cómo desquitarse y dijo:

—La cita era con el señor Hendry, no con usted. ¿Siempre le acompaña a todos los sitios?

—Si puedo, sí. En el trabajo nos complementamos muy bien.

— ¿Solo en el trabajo, señorita Ginger?

—A veces, también en otras cosas...

— ¡Qué edificante!

La hora del desquite llegó para la muchacha de cabellos muy negros, indicándole a la rubia:

—Por aquí, señorita... ¡Van a esterilizarla!

Lori Brozy abrió mucho la boca al decir:

— ¿A mí?

—No tema, señorita Brozy: solo se trata de cumplir la regla. No sufrirá ninguna molestia. Bastará que entre con los otros pasajeros para que la libren de cualquier posible germen patógeno.

—Es usted muy gentil. ¿Podría ocuparse también de mi equipaje?

—Lo siento, pero tendrá que ocuparse usted misma. En Neptuno se están ensayando nuevas formas de vida.

— ¿Cuáles, señorita Ginger?

El escopetazo fue fulminante:

— ¡Vivir sin criados!

Con el resto de los pasajeros recién llegados, Lori Brozy pasó al departamento correspondiente y allí, tras el obligado reconocimiento médico, uno de los empleados le preguntó:

— ¿Qué le pasó en la nuca, señorita? ¡Tiene usted una buena cicatriz!

La periodista rubia no se alteró mientras volvía a cubrir con su larga cabellera aquella parte del cuello. Simplemente comentó:

—No tuvo importancia: fue una operación sencilla.

Minutos después, siempre acompañada por la señorita Ginger, ambas se

trasladaban al Departamento de la Policía Extraplanetaria en donde Ian Hendry las esperaba.

* * *

Lori Brozy se equivocó al pensar que Ian Hendry la recibiría con los brazos abiertos.

Al pasar por los corredores que la conducirían al despacho central, notó una excesiva animación en ellos. Hombres con los uniformes de la Policía Extraplanetaria cruzaban los pasillos diligentes, llevando en sus manos documentos, expedientes y diversos papeles que se apresuraban a dejar tras alguna de las puertas, para volver a salir cumpliendo unas funciones que a la rubia periodista se le antojaron ejecutaban con cierto nerviosismo.

Se volvió hacia su acompañante y preguntó:

— ¿Pasa algo, señorita Ginger?

— ¡Oh, no! Nada... Nada, señorita Brozy. Es que nosotros siempre trabajamos mucho.

—Sí, claro... ¡Tienen ustedes tanto que vigilar!

—No lo sabe usted bien, señorita Brozy.

Otro detalle que le molestó fue que, pese a haber sido anunciada, estuvo esperando en el antedespacho del comandante Ian Hendry más de media hora.

Ginger había desaparecido tras la puerta, dejándola allí con su impaciencia, dedicada a observar para no morirse de aburrimiento a varias diligentes empleadas, que accionaban sus máquinas eléctricas pulsando sus sensibles teclados a velocidades de vértigo.

Al fin Ginger abrió la puerta y anunció:

—Puede pasar, señorita Brozy.

Entró en el amplio despacho y sus ojos azules tropezaron con las pupilas grises de Ian Hendry.

El recibimiento no fue muy acogedor, pero el hombre se levantó invitándola:

—Siéntese, señorita Brozy, por favor.

Lori Brozy quiso romper aquel hielo. No había hecho un largo viaje de cerca de cinco mil millones de kilómetros para que ahora él, por más ocupado que estuviera enfrascado en su trabajo, la recibiera así.

Por eso dijo, mientras se sentaba ante él y cruzaba las torneadas piernas:

— ¿Desde cuándo tanta ceremonia, Ian? Si no recuerdo mal, empezaste a tutearme... ¡Incluso sin mi permiso!

—Tienes razón, Lori... Y perdona que no fuera a recibirte. Tenemos mucho trabajo.

La muchacha le disculpó con un gesto antes de decir:

— ¿Y bien? ¡Ya estoy aquí! ¿Cumplirás tu promesa?

— ¿Qué promesa, Lori?

—Recibí un mensaje urgente desde Urano. En él prometías darme material de primera mano para que escribiera sorprendentes artículos.

—Las cosas han cambiado, Lori. No puedo darte esa información ahora.

Guiada por su fina intuición femenina, la mujer preguntó:

— ¿Qué ha cambiado, Ian? ¿Las cosas... o tú...?

—No comprendo lo que quieres decir, Lori?

—Es sencillo: las mujeres sabemos más por lo que adivinamos, que por lo que nos dicen. ¡Y yo diría que tú ya no me miras igual!

—Te he dicho que tenemos mucho trabajo en mi departamento. Estas últimas semanas han sido horribles.

Intentó remachar sus excusas mostrando la mesa revuelta de papeles:

—Mensajes, informes, comunicaciones, órdenes, contraórdenes... ¡Qué sé yo! Todo esto preocupa y hasta nos hace olvidar que debemos ser amables y galantes con las damas.

—Tú nunca has sido ni amable ni galante con las «damas». Simplemente eras...

— ¿Qué era, Lori?

— ¡Un hombre! Todo un hombre que sabía poner en sus miradas atrevidas y picaras, cumplidos y promesas que no decían ni tus modales ni tus labios. ¡Ese era tu mayor atractivo!

—Siento que ahora te resulte desagradable.

La mujer se levantó acercándose a él, tras rodear la mesa de despacho que les separaba.

Y al llegar a él su confesión fue espontánea:

—Estoy enamorada de ti, Ian Hendry...

El hombre dio un respingo al sentir el contacto de aquella mano en su nuca, los finos dedos hundiéndose en sus cabellos.

— ¿Eh?... ¿Qué dices? ¿Estás loca?... ¿Y qué hay de Alan Fraser?

—He discutido con él... ¡Hemos roto otra vez!

— ¿Por qué?

— ¡Por ti, cabezota!

Ian Hendry se levantó molesto.

— ¡Esta sí es buena! ¡Vivir para ver! Miras un par de veces a una mujer con ojos tiernos y... ¡Zas! Rompe sus compromisos con otro.

—Yo no tenía ningún compromiso con Alan. Al fin de cuentas, fue él quien los rompió en otro tiempo.

—Corriente, Lori. Sé que fue así; pero volvisteis a reconciliaros.

—Habría sido así de no intervenir tú.

— ¡Alto ahí, guapita! ¡Yo no intervine en nada! ¡Que quede bien claro!

Al verse rechazada, Lori Brozy desmelenó su genio:

— ¿Ah, no? ¿Y tu presencia física? ¿Y tus miradas? ¿Y aquellos bailes la noche que alguien intentó asesinarte? Entonces comprendí que me había enamorado de ti... ¡Que te quería! ¡Y por eso odio con todas mis fuerzas a esa Ginger!

—No te metas con Ginger. Es una buena chica.

— ¡Es una víbora! Pegada siempre a ti, como un perrillo faldero.

—Cálmate, Lori. En tus celos hay más amor propio herido que amor.

— ¿Tú qué sabes? Despiertas los instintos dormidos de una mujer y luego... luego... No vine por los artículos, Ian. ¡Sino por ti!

—Bueno, bueno, Lori... Ya hablaremos esta noche de todo esto. ¿Te parece? Ahora estoy muy ocupado: estoy esperando recibir unos mensajes y...

La puerta se abrió y la carita de Ginger apareció allí anunciando:

—La reunión va a empezar, Ian. Te están esperando.

—De acuerdo, Ginger. Ahora mismo voy.

Señaló a Lori Brozy y rogó:

—Ocúpate de ella, ¿quieres? Ya conoces mis instrucciones, en cuanto a alojamiento y demás. ¡Y procura ser amable con ella, Ginger!

—Lo intentaré.

Ian Hendry extendió ambas manos a la periodista. El apretón fue caluroso, pero a la mujer rubia se le antojó que la mirada era fría, distante, como forzada.

—Nos veremos luego, Lori. Ahora debes excusarme.

Lori Brozy le miró profundamente, diciendo con un susurro para que sus palabras no pudiera llegar a oídos de la secretaria que parecía esperarle en la puerta:

—Hay algo que no comprendo en los hombres como tú, Ian.

— ¿Qué es, pequeña?

—No sé... Vuestra forma de ser, vuestra forma de mirar y actuar: ponéis fuerza y gran apasionamiento y luego...

—Es que somos apasionados en todo, Lori. Incluyendo el trabajo, nuestras obligaciones... Por eso ahora debo atenderlas.

—Comprendo, Ian... ¡Te esperaré!

Se separaron y él avanzó hacia la puerta. Al cruzarse con la secretaria susurró muy tenue:

— ¡Vigílala!

Capítulo X

El mismo Ian Hendry había impuesto las condiciones para asistir a la importante reunión y por eso se sometió a la prueba.

Antes de entrar se puso a disposición de dos médicos especialistas en cirugía plástica y, voluntariamente, mostrándoles el cuello y la nuca, dejó que le examinaran atentamente.

Cuando terminaron dijo:

— ¿De acuerdo?

—Sí, señor Hendry puede pasar.

La sala de conferencias estaba abarrotada. Había pocos asientos libres y entre los asistentes se podían ver hombres de altas graduaciones del Ejército, la Marina y los diversos cuerpos de la Policía.

Dos ministros estaban presentes. Habían llegado a Neptuno de incógnito cubriendo sus rostros con mascarillas de plástico que les desfiguraron, pero ahora, en aquella reunión, no tenían por qué ocultarse a los demás.

En la presidencia había un sillón vacío que Ian Hendry ocupó. En conjunto, unas quinientas personas se disponían a escuchar atentamente su informe.

Y muchos contuvieron el aliento cuando el comandante Ian Hendry empezó:

—Caballeros: nos hemos reunido aquí para algo muy importante. La Humanidad está pasando por un momento crítico que debemos superar. Muchos han sido sus logros y muchos más nos esperan si sabemos luchar y vencer este nuevo peligro que nos acecha desde fuera y desde dentro de nuestro Sistema Solar.

Hizo una pausa y tras coger unos informes prosiguió:

—A todos nos ha costado mucho trabajo reunir en estas últimas semanas datos e informes precisos de ciertas personas que han sido sometidas a estrecha vigilancia desde el día, que por una leve sospecha, ordené al teniente Ebrasko que llevase el cadáver de un hombre llamado Yuley Kan a los laboratorios de la Policía Extraplanetaria.

»Lo ordené así porque, como criado del comandante general de la Policía Extraplanetaria, el tal Yuley Kan intentó paralizar el cerebro del señor Walter Rozier con un líquido que sustituyó por un licor que el señor Rozier solía beber. Obligué al criado chino a que bebiera ese líquido y al instante cayó fulminado, al sufrir parálisis los nervios motores del encéfalo...

Hizo una nueva pausa y señalando a un hombre de bigote canoso que parecía dispuesto a leer unas cuartillas, Ian Hendry anunció:

—El doctor Sandray les dirá los resultados de los análisis que se hicieron sobre aquel líquido y el cadáver de Yuley Kan... Tiene usted la palabra, doctor.

El anciano doctor Sandray fue la atención de todos.

—Ahorraremos tiempo si les digo simplemente esto: ¡Yuley Kan no poseía

un cerebro humano!

— ¿Cómo?

— ¿Qué quiere decir?

— ¡Explique eso, doctor Sandray!

Las exclamaciones y preguntas se sucedían a lo largo y lo ancho de toda la sala de conferencias. El murmullo de estupor fue general y muchos se levantaron de sus asientos hasta que Ian Hendry agitó con fuerza la campanilla.

— ¡Calma, por favor! ¡Silencio, caballeros! ¡El doctor Sandray intentará explicarnos!

—No hay que explicar nada. Sencillamente repito lo mismo. Yo y otros colegas míos analizamos el cerebro de Yuley Kan y vimos con estupor creciente que no pertenecía a la raza humana.

— ¿Cómo es eso posible? —tronó una voz.

—Porque aquel hombre había sufrido una delicada operación quirúrgica y, extirpado su cerebro, se le había trasplantado otro —aclaró el anciano.

— ¿Otro cerebro? ¿De quién, doctor Sandray? —gritó una voz.

—Ni yo ni nadie puede contestar concretamente a esta pregunta. Pero sí podemos asegurar que, aunque similar en muchos aspectos, no pertenece a la raza humana. ¡De eso estamos absolutamente seguros!

Las preguntas volvieron a brotar y Ian Hendry consideró conveniente atajar el nuevo alboroto:

— ¡Caballeros! ¡Caballeros, por favor! ¡Un poco de orden!

Un biólogo, famoso por sus experimentos sobre los principios de la vida orgánica, exclamó levantándose airado:

— ¡Pero todo esto es ridículo, caballeros! ¿Están intentando decirnos que un cerebro que no pertenece a la raza humana fue trasplantado a la cabeza de ese Yuley Kan?

— ¡Exactamente! —contestó con firmeza el anciano doctor Sandray.

—Otra pregunta, doctor Sandray —insistió el biólogo—. ¿Ese individuo, ese Yuley Kan, se portaba y tenía las mismas reacciones que un hombre?

—Las mismas, salvo ligeras variantes de orden moral.

—En otras palabras: que extirpado su cerebro primitivo y acoplado en su lugar el otro, seguía siendo un hombre. ¿No es así?

—Repito que con ligeras variantes, pero no del orden físico, ya que en eso seguía pareciéndose totalmente a cualquiera de nosotros.

El famoso biólogo hizo una pausa para mirar en torno suyo a todos los reunidos y formular nueva pregunta después con aire de triunfo:

—Y bien... ¿Pueden decirnos ahora a qué clase de animal pertenecía ese cerebro trasplantado al cráneo de ese criado chino?

Con la misma firmeza, el doctor Sandray explicó:

— ¡A ninguna especie de todos los animales que conocemos!

Los murmullos volvieron a surgir en todo el hemiciclo de la sala de conferencias y de un extremo brotó otra pregunta:

— ¿Están seguros?

— ¡Totalmente! Se han hecho las debidas comparaciones y estudios y el resultado fue que Yuley Kan sufrió un trasplante de cerebro con una depurada técnica operatoria, aún desconocida en nuestra cirugía.

— ¡Eso es imposible!

— ¡Absurdo admitirlo!

— ¡Increíble!

— ¿Quién pudo realizar eso?

Ian Hendry volvió a tomar la palabra para calmar aquel agitado mar de preguntas:

—Lo realizaron seres que no pertenecen a nuestro Sistema Solar. Extraños seres extragalácticos...

— ¡Pura teoría! —gritó una voz—. De ser así, ¿cómo diablos han podido llegar hasta nosotros?

— ¡Eso es otra de las cosas que nos toca averiguar! —gritó a su vez Ian Hendry.

Y luego, en breves palabras les recordó aquel objeto extraño que viajando por el espacio llegó a concretarse, para asombro general, en una extraña y gigantesca astronave que aterrizó en Arizona, en pleno desierto, a unos trescientos kilómetros de la ciudad de Phoenix.

Les habló también, de las pequeñas celdillas de forma hexagonal que él descubrió en el interior de la astronave, conteniendo cada una de ellas masas cerebrales de raras formas, cociéndose en un caldo y en un vaho que al parecer mantenía a aquellos cerebros con vida.

Les dijo también que, al pie de cada celdilla, había podido leer en fugaces segundos algunos nombres de los que solo recordaba los de Roy Mansfield, James Rusk, Penélope Linton, Paul Hauber y el del mismo Walter Rozier, su jefe de la Policía Extraplanetaria.

—... Y todos ellos, exceptuando a la señorita Penélope Linton que ha desaparecido y no sabemos dónde está... ¡también han sido operados!

Nuevas exclamaciones y una voz que inquirió:

— ¿Operados por quién y con qué objeto?

—Usted formula dos preguntas y por ahora solo podemos contestar concretamente a la primera. La otra, la segunda pregunta suya, tan solo es por ahora una sospecha...

Ian Hendry hizo una estudiada pausa de efecto, para terminar exclamando:

— ¡Una terrible y escalofriante sospecha, caballeros!

—Bien. ¿Quién hizo esa extraña operación a los hombres que dijo?

—Algunas, el famoso cirujano Alan Fraser, en el Hospital Central de Phoenix. Otras, diversos cirujanos que, a su vez, por una extraña «casualidad»... ¡Anteriormente también habían sido «operados» por alguien!

El famoso biólogo que antes había hablado volvió a levantarse para decir:

—Y bien: ¿qué conclusiones podemos sacar de todo esto?

Ian Hendry respiró profundamente antes de contestar:

—La respuesta es obvia, caballeros. ¡Nos quieren invadir!

Nuevo alboroto, nuevo tumulto y nuevas voces que esta vez se alzaban por todas las partes alarmadas:

— ¿Quiénes?

—Esos seres extragalácticos que han llegado misteriosamente hasta nosotros, sabe Dios cómo y desde cuándo están aquí... ¡Entre nosotros!

— ¡Hay que tomar medidas!

— ¿Qué diablos hacemos entonces aquí?

— ¿Cómo podemos localizarlos?

Uno de ellos fue más directo que todos los otros:

— ¿Tiene usted alguna idea, comandante Hendry?

—Muchas, pero muy confusas, amigos. ¡El problema es delicado!

— ¡Pida carta blanca al Ministro de Defensa! —tronó una voz.

Ian Hendry sonrió levemente antes de decir:

—Desgraciadamente, Su Excelencia el señor Ministro de Defensa Georgi Kronikof... ¡también es sospechoso!

— ¿Sospechoso uno de los miembros del Gobierno Central? ¿Por qué?

—Porque hemos averiguado que ha sufrido esa extraña operación en la nuca. ¿No se han fijado que siempre lleva una bufanda en torno al cuello? ¡Con ella intenta ocultar la cicatriz del trasplante de cerebro al que le han sometido!

— ¡Asombroso! ¿Quiere... quiere decir que «ellos», esos seres, se han ido filtrando entre nosotros sometiendo a ese trasplante de cerebros a muchas de nuestras autoridades?

—Exactamente, caballeros: empezaron por lo visto con famosos cirujanos como el doctor Alan Fraser y otros para que, a su vez, ellos les ayudaran a trasplantar los cerebros que iban llegando sometiendo a esa operación a hombres y mujeres que ocupaban puestos claves.

Ian Hendry ojeó una larga lista que cogió entre los muchos informes que tenía en la mesa presidencial ante él, musitando en voz baja:

—Les asombraría saber los puestos que ya ocupan. ¡Nos ha costado mucho averiguarlos!

El anciano doctor Sandray estaba a su derecha y aclaró, leyendo uno de los nombres de la larga lista:

—Siento decirles que entre ellos también está Walter Rozier, el jefe de la Policía Extraplanetaria...

— ¡Diablos! —bramó más que dijo el famoso biólogo—. ¡Entonces nos tienen atrapados!

—No del todo —procuró tranquilizarles Ian Hendry—. Algunos amigos míos y yo hemos tomado medidas. Por eso esta reunión secreta se ha celebrado aquí, a miles de millones de kilómetros de la Tierra en donde «ellos» están más infiltrados. Mi mismo jefe, el señor Walter Rozier, ha tenido que ignorar esta reunión.

El terror se pintaba en muchos rostros, el nerviosismo, molesto y

contagioso, aumentaba. Muchos de aquellos hombres se sentían como atrapados por una fuerza misteriosa contra la cual no sabían cómo luchar. Estaban indecisos, confusos e intentado contestar a miles de preguntas que cada minuto que pasaba brotaban en sus cerebros atormentados.

Incluso algunos de ellos, instintivamente se llevaron con recelo la mano a la nuca para comprobar si, ignorándolo, habían sido sometidos a aquella operación quirúrgica y ya no poseían su propio cerebro humano.

Ahora comprendían el porqué de aquella medida tomada por orden de Ian Hendry para poder entrar a tomar parte en la secreta conferencia del planeta Neptuno. Unos cirujanos les habían observado el cuello a la altura de la nuca. Muchos se habían reído y hasta uno comentó:

— ¿Qué pasa? ¿Cree que llevamos marcas, como las reses?

Se había hecho una pausa en la reunión, para que todos reflexionaran y cambiaran ideas y los grupitos se formaban aquí y allá, discutiendo acaloradamente. El hemiciclo de la gran sala hervía en plena ebullición de ideas.

El anciano doctor Sandray no se apartó del joven comandante Ian Hendry observando su tristeza y le preguntó en aquella breve pausa:

— ¿Cuándo se enteró que su jefe había sido «operado»?

—Al regreso de un viaje de Marte. Le encontré algo raro y sus órdenes me extrañaron más aún. Se empeñó en enviarme a la Estación Espacial en la que se hace escala antes de llegar a Venus. Me dijo que allí debía descubrir a unos tipos que se dedicaban al contrabando de uranio.

Se sirvió un cordial de la botella refrescante que tenían delante y prosiguió:

—Le dije que él sabía que teníamos entre manos algo mucho más importante que descubrir a unos simples contrabandistas y se irritó. ¡Nunca le había visto así!

El anciano doctor Sandray agitó dubitativamente su leonada cabeza de cabellos totalmente blancos.

—Lo que me extraña es que, si durante su ausencia a Marte, su jefe Walter Rozier cayó en sus manos y sufrió el trasplante de cerebro, estando al corriente de lo que ya sospechaba usted, no... no le eliminara.

Ian Hendry miró al doctor Sandray, esta vez con ira.

— ¡Lo intentó! ¡Él cree que me he desintegrado camino de Venus!

— ¿Cómo? ¿Intentó matarle, Ian?

—Sí, doctor... Es doloroso admitirlo así, de un hombre al que siempre he respetado y querido.

— ¿Preparó un sabotaje en la astronave?

—Sí... Me dijo que el capitán Krone y el teniente Ebrasko me acompañaran a Venus. Pero yo sospeché algo y no fui. No obstante, quise cumplir sus órdenes y envié a otros para seguir la pista de los contrabandistas de uranio.

— ¡Y la astronave explotó! ¿No fue así?

— ¡Exactamente! En pleno viaje.

El anciano doctor crispó sus cuidadas manos de científico.

— ¡Esos seres son asesinos!

—Creen que se han librado de mí, pero... ¡tenemos que vencerlos!

— ¿Cómo, Ian? ¿Cómo...?

— ¡Luchando, doctor Sandray! Empleando sus propias armas: operando en la sombra, sin que sospechen que vamos detrás de ellos, que les seguimos la pista, que apartaremos del servicio, ocupen el cargo que ocupen y por más encumbrado que sea, a todo hombre o mujer que lleve esa fatídica cicatriz en el cuello a la altura de la nuca.

—Tendremos que ser prudentes, muchacho. Desconocemos quiénes son y qué intentan. Si llegan a sospechar que les vamos descubriendo... ¡Hasta es posible que hagan lo que hasta ahora, al parecer, no han hecho!

— ¿Qué teme, doctor?

— ¡Que empleen otros medios más violentos! ¡Debe de tratarse de seres con una ciencia muy depurada! El hecho de que hayan llegado hasta nosotros sin saberlo ni descubrirlos hasta ahora, lo demuestra, Ian.

—Así es: y entre las muchas cosas que me gustaría saber, no es cómo diablos han llegado los primeros, sino por qué enviaron una gigantesca astronave a la vista de todos repleta de miles de esos condenados cerebros en «conserva». Sí, muchacho: las preguntas son muchas y a cuál más complicada. Por ejemplo: ¿qué significaban aquellos letreritos al pie de cada celdilla que contenía uno de esos cerebros? ¿Los envían dedicados cada uno para una persona determinada?

—Así parece, doctor. Pero hay más... ¿Esos seres, esa especie de monstruos que necesitan extirpar el cerebro humano para poner en su lugar otro de ellos, conocen nuestras costumbres e idioma? ¡Porque los letreritos los leí en correcto esperanto!

— ¡Otra incógnita más, Ian! ¡Es horrible, muchacho!

— ¡Tenemos que averiguarlo todo, doctor! ¿Se figura el mundo, todo nuestro Sistema Solar, regido por hombres a los que poco a poco «ellos» les han ido trasplantando cerebros que no son humanos? ¡Sería espantoso! ¡Una raza extraña a la nuestra instalada, aquí con figuras humanas, pero sin serlo realmente! ¿Qué podíamos esperar de ellos, doctor?

Nervioso, molesto con sus propias ideas, Ian Hendry agitó la campanilla y gritó:

—Caballeros... ¡La conferencia continúa!

Y todos ocuparon sus puestos para mirar de encontrar una posible solución al grave problema que parecía amenazar a la raza humana.

Capítulo XI

¿Fue una casualidad? ¿Un accidente? ¿O un atentado?

El caso fue que la estructura metálica que sujetaba la bóveda de la sala de conferencias empezó a vibrar como sacudida por una fuerza eléctrica, empezó a resquebrajarse y terminó por venirse abajo con gran estrépito.

Muchos hombres fueron atrapados entre las retorcidas vigas de hierro, las planchas metálicas de las paredes y del suelo también se levantaron como empujadas por misteriosa erupción y en pocos minutos, aquello se convirtió en un auténtico infierno de dolorosos quejidos y muerte...

Ian Hendry se salvó de milagro; empujando al anciano doctor Sandray, exclamó:

— ¡Cuidado! ¡Apártese!

Una tonelada de acero pasó a dos pulgadas de ellos aplastando en su caída a varios de los reunidos.

Los timbres de alarma empezaron a zumbar como enloquecidos, de las derrumbadas paredes brotaron chorros de agua y vapor y una niebla espesa envolvió en trágico manto todo el hemiciclo.

Solo una hora después se supo el resultado: ciento nueve muertos y doscientos setenta heridos, muchos de ellos graves.

Las ambulancias empezaron a correr por las grandes galerías y el jefe del Gobierno Local de Neptuno, anunció en urgente comunicado que por la mañana se personaría en el lugar del siniestro. Se encontraba en la otra parte del planeta, pero radió las órdenes oportunas al caso.

Como jefe sanitario de aquel sector, el doctor Amause Yokame gritó a sus subordinados:

— ¡Pronto! ¡Instalen a los heridos en los centros de emergencia! Muchos tendrán que ser operados urgentemente.

Sin saber por qué, la palabra «operación» alarmó a Ian Hendry que se acercó observando al médico japonés.

— ¿Ha dicho usted operar, doctor?

—Así es, comandante: dispongo de un buen cuadro médico y la vida de algunos de esos heridos peligra. Han perdido mucha sangre, sufren serias fracturas y...

—Me permite, doctor...

La mano de Ian Hendry se alzó hasta el cuello del doctor Amause Yokame, a la altura de la nuca.

¡Y encontró lo que buscaba!

Una fea cicatriz.

Le miró fijamente un instante, sosteniendo la penetrante mirada de aquellos ojos oblicuos que intentaban taladrarle.

Luego giró hacia un oficial de la Policía Extraplanetaria destinado en Neptuno y le ordenó tajante, señalando al japonés:

— ¡Detenga a este hombre, capitán!

El oficial dudó:

—Pero señor... El doctor Yokame es... es...

— ¡Deténgale le ordeno! Y vaya con una patrulla a todos los centros sanitarios del sector. Quiero que detenga también a todos los doctores y cirujanos que luzcan en el cuello una cicatriz como esa. ¿Queda bien claro?

Amause Yokame intentó protestar, afable ahora y sonriente:

—Pero comandante... ¿Se ha vuelto usted loco? Sin duda ha sufrido un ligero trastorno al encontrarse en el lugar del accidente. Si me permite ordenaré que le hagan un reconocimiento y, si su cerebro ha sufrido alguna lesión o golpe, también podríamos... podríamos operarle. ¿No le parece?

Ian Hendry dio casi un bote al protestar:

— ¡No he sufrido ningún, golpe ni estoy loco, doctor! ¡Y mucho menos dejaré que manos asesinas me examinen! ¡Lléveselo, capitán!

— ¡A la orden, comandante!

Amause Yokame fue arrestado y en los centros sanitarios de aquel sector de Neptuno bajo sus órdenes fueron interrogados y examinados sesenta doctores. Quince de ellos tenían una cicatriz similar en el cuello, bajo la nuca.

— ¡Menudos pájaros! —exclamó Ian Hendry—. Todos ellos han sufrido trasplante de cerebros e intentaban a su vez hacer lo mismo con los heridos, con la excusa de que tenían que atenderlos tras el «accidente».

Minutos después regresó a su oficina y allí empezó a dictar órdenes a la eficaz Ginger, que a duras penas podía seguir consignándolas.

Las primeras fueron dirigidas a las autoridades locales de aquel sector de Neptuno para que, a su vez, las fueran transmitiendo a los otros sectores. En reducidos informes les explicaba lo que pasaba, poniéndoles al corriente del peligro que se estaba corriendo.

Eran comunicados breves y concisos, pero sin tapujos y concluyentes. El tiempo obraba en su contra y era preciso, por todos los medios, atajar el mal que podría resultar fatal para toda la raza humana esparcida por el Sistema Solar.

—Parece que «ellos» se han quitado la cajeta al obrar tan violentamente. Han provocado ese «accidente» en la sala de conferencias porque sabían que allí estábamos reunidos hombres que ocupan puestos claves. ¡Una bonita excusa para que resultaran heridos y poder «operarles»!

La muchacha de cabellos muy negros le miró fijamente:

—Ian, yo... ¡Estoy asustada! ¡Terriblemente asustada!

—No temas, Ginger. ¡Ahora nos toca obrar a nosotros! Cursa todo eso inmediatamente. Yo voy a «charlar» con esos doctorcitos detenidos.

En pocos minutos Neptuno pareció entrar en ebullición. De parte a parte del planeta se cruzaron los mensajes y los urgentes comunicados, utilizando los medios más rápidos.

Y cien mil personas entraron en eficaz movimiento.

Entre sus advertencias, Ian Hendry hacía hincapié sobre todo en una:

— ¡Corten toda comunicación con el exterior! ¡Neptuno debe quedar totalmente aislado! En la Tierra y en los otros planetas no deben saber, de momento, las medidas que hemos tomado aquí. No sabemos hasta dónde están filtrados y podría resultar peligroso que, en cualquier punto de nuestro Sistema, nos tomaran la delantera. Saneado Neptuno, será tiempo de aplicar desde aquí las mismas medidas que nos conducirán a localizar a esos seres que viven en cuerpos a los que han trasplantado su cerebro.

La eficacia de estas medidas pronto se dejaron notar.

De los puntos más diversos de Neptuno empezaron a llegar comunicados con los resultados: en tal sector, ciento quince hombres «operados» que mostraban la buscada cicatriz en sus nucas; en tal otro, trescientos cuarenta; en otro quinientos diez; en los menos poblados, apenas quince por distrito.

Los cerebros electrónicos y las computadoras empezaron a funcionar febrilmente. La Policía Extraplanetaria también; algunos de sus jefes y agentes también tuvieron que ser detenidos.

Total: en Neptuno habían sido detenidos y localizados cuatro mil ochocientos treinta hombres a los que se les había trasplantado el misterioso cerebro.

— ¡Los mismos exámenes también para las mujeres y los niños! —dictó Ian Hendry.

Uno de sus ayudantes que se había puesto a sus órdenes directas en Neptuno, exclamó tras los iniciales resultados:

—Es curioso, comandante Hendry. ¡Todos han reaccionado pacíficamente al ser detenidos!

—Si alguno no lo hace, ya saben... ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

— ¡No podemos andarnos con paños calientes!

Tras el breve descanso de unas horas el doctor Sandray volvió a reunirse con él y contestó:

—Me gustaría saber cómo han llegado esos «cerebros en conserva» hasta aquí, muchacho. Si a todas esas personas les han extirpado los suyos y les han puesto en otros, demuestra que...

—Es una de las cosas que nos van a decir esos tipos, doctor. ¿Me acompaña?

—Será un interrogatorio curioso. ¡Vamos allá, muchacho!

* * *

Se habían habilitado los locales más seguros y, por sectores del planeta, allí permanecían hacinados todos los detenidos, fuertemente vigilados.

Pero ninguno parecía mostrar ganas de hablar. Permanecían silenciosos y como ausentes a todo lo que les rodeaba. Eran como autómatas, como muertos vivos sin voluntad propia...

Diez horas después, Ian Hendry se dio por vencido, fatigado y desengañado:

— ¡Es inútil! ¡Nada nos dirán!

El capitán Krone y el teniente Ebrasko se habían reunido con él. El primero propuso:

—Bien: hay otros sistemas menos «blandos». En ciertos casos los interrogatorios que nuestros antepasados llamaban de tercer grado, puede ser aplicable. ¿No te parece, Ian?

—Inténtalo, Krone. ¡Y que tengas suerte! Yo voy a descansar un rato.

Krone empezó a subir las mangas de su camisa y dejó ver al impasible doctor Amause Yokame sus musculosos brazos.

—Voy a empezar por ti, japonesito... ¡Y te prometo que vas a cantar más que un canario!

Amause Yokame le miró fijamente con sus ojos oblicuos.

Sudaba copiosamente y apenas movió los finos labios al decir:

—Perderán el tiempo. ¡No podemos hablar!

—Veo que lo haces, amigo.

—Solo lo que me ordenan.

Ian Hendry giró ya cerca de la puerta de la sala que servía de gran celda:

— ¿Lo que les ordena quién? ¡Hable!

—Lo que nos ordena el cerebro —repuso, siempre pausado y tranquilo Amause Yokame.

— ¿Qué cerebro? —insistió Ian Hendry.

No obtuvo respuesta. Amause Yokame cerró los ojos y espero el golpe.

Y el capitán Krone se lo dio...

Cayó al suelo como una pelota tras el directo y sus compañeros, siempre silenciosos y todos ellos con la fatídica cicatriz en el cuello bajo la nuca, se inclinaron sobre él para ayudar al desmayado.

— ¡Apartad, basura! ¡Dejadle ahí! Luego os tocará a vosotros —bramó el capitán Krone.

No le obedecieron. Ni incluso cuando varios agentes les apuntaron con sus rifles de rayos paralizantes.

— ¡Disparad! —volvió a gritar el capitán Krone.

Pero Ian Hendry alzó una mano:

—No... Esperen. Esas armas no asustan a esta gente. ¿Total qué? Permanecer unas horas paralizados significaría como un deseado descanso para ellos. ¡Utilizaremos otras!

Interesado, Krone preguntó:

— ¿Cuáles, Ian?

— ¡Las de rayos «Láser»!

El teniente Ebrasko intervino alarmado:

— ¡Pero eso les carbonizará, comandante! Sería como... como...

— ¿Como un asesinato, teniente?

—Bueno, yo... yo...

— ¿Y no han asesinado ellos todos esos cuerpos que ocupan ahora sus cerebros? ¿No les extirparon el cerebro humano para... meterles ese diabólico que ahora tienen?

—Sí, claro...

—Entonces... ¡Ojo por ojo y diente por diente! —bramó Ian Hendry.

Y tras una pausa gritó a los agentes:

— ¡Pronto! ¡Los rifles de rayos «Láser»! ¡Fulminadles a todos!

Hubo un poco de duda pero un sargento recio y alto se cuadró:

— ¡A la orden, señor!

Minutos después las nuevas armas, temidas y mortíferas, eran empuñadas por todos los agentes de la Policía Extraplanetaria que rodeaban al medio centenar de prisioneros.

Pero ninguno se movió. Ni reculó...

¡Ni tan siquiera parpadearon!

Seguían impasibles, mirándoles fijamente, ya recuperado del golpe recibido el doctor Amause Yokame que ahora estaba ante ellos, fulminándoles con sus oblicuos ojos.

Ian Hendry pensaba febrilmente. Una orden suya, una sola palabra, y aquellos cincuenta seres dejarían de existir, cayendo fulminados por los rayos «Láser». Todo ocurriría en un abrir y cerrar de ojos, antes que los índices de los nerviosos agentes que esperaban su orden de fuego dejaran de accionar los gatillos.

¿Tendría valor para dictar una orden así?

El anciano doctor Sandray había permanecido en silencio, pero ahora levantó un brazo al decir:

—No te iguales a ellos, muchacho. ¡Hay que demostrarles que la raza humana es muy superior en concepto moral!

— ¿Y dejarles vivir, doctor?

—Encerrados aquí resultarán inofensivos. Más tranquilos, con más datos y más tiempo, ya se irá pensando lo que hacemos con ellos.

Ian Hendry miró al anciano doctor Sandray con honda simpatía, aliviado en el fondo de no haber dado la orden.

Por eso musitó al salir, estrechando su mano:

—Gracias, doctor Sandray... ¿Verdad que es hermoso ser humano?

—Sí, muchacho. ¡Ser hombres es una gracia de Dios!

Capítulo XII

La llamada «Operación Limpieza» continuó en Neptuno por zonas, por sectores, por distritos.

Todo bien organizado, en perfecto orden, sincronizado.

No se produjeron alborotos ni exaltaciones populacheras. En la colonia terrestre de Neptuno la gente solo llegó confusamente a saber que las autoridades buscaban afanosamente a todas las personas que tuvieran una cicatriz en la nuca.

¡Nada más!

Cierto que corrieron comentarios, rumores y toda clase de «chismes» al ver que se los llevaban detenidos y que eran encerrados en los lugares más seguros. También se supo que estaban siendo sometidos a un cuidado examen médico, cerebral.

Y muy pocos conocían el resultado de tales exámenes.

Por supuesto que Ian Hendry era uno de ellos y exclamó al ser informado:

—Ya no hay duda posible: todos esos seres no pertenecen cerebralmente a la raza humana. ¿Qué dicen los neurólogos?

—Están desconcertados —contestó el capitán Krone—. Las células nerviosas de sus neuronas les son totalmente desconocidas. Ninguna clase de animal ni ser vivo coincide con las prolongaciones protoplásmicas que han advertido en esos cerebros trasplantados.

— ¡Es asombroso, Krone! ¿Cómo pueden entonces seguir pensando y rigiendo en la envoltura humana en que han sido puestos?

—No lo sé, Ian... Yo diría que es como una especie de transmigración. Ya sabes: esa antigua creencia hindú que habla del paso de un alma a otro cuerpo.

—Dejemos eso, Krone; somos policías y no científicos —dijo molesto Ian Hendry—. En todo caso, a la Ciencia le corresponde contestar.

—Tienes razón: a nosotros solo velar por la seguridad general.

El teniente Ebrasko estaba repasando unos informes junto a la morena Ginger y la muchacha, al ver desde su mesa que Ian Hendry repasaba la lista de llamadas recibidas en las horas que había estado ausente del despacho, aclaró:

—Encontrarás doce de la impaciente señorita Lori Brozy.

Ian Hendry miró a su secretaria:

— ¡Santo cielo! Con todo esto me olvidé de ella. ¿Has dicho doce llamadas, Ginger?

—Creo que alguna más, pero no las anoté todas.

Ian Hendry se levantó y el capitán Krone quiso saber:

— ¿No te quedas para conocer los resultados de la búsqueda?

Disponiéndose a salir, el comandante de la Policía Extraplanetaria dijo con desgana:

—No encontrarán nada tus hombres, querido Krone. Y como esos tipos se empeñan en no decir nada... ¿de dónde se surtirían de esos cerebros?

—No les llames tipos, por favor... ¡Llámales... «cosas»!

—Al menos «oficialmente», cuando uno sigue teniendo su nombre y personalidad de antes. Tras el trasplante todos siguieron desempeñando sus funciones.

—Por supuesto. ¡Pero saber Dios con qué objeto! Indiscutiblemente para barrer para adentro, para ayudarse unos a los otros. Para establecer una especie de quinta columna con la cual, situándose poco a poco en los puestos claves, llegar a dominarnos.

—Voy a ver a esa periodista. La pobre estará muy impaciente.

Con sorna, el capitán Krone deseó sin levantar la cabeza de su trabajo:

— ¡Que te diviertas, bribón! La chica es preciosa.

Ian Hendry miró a su vez a la morena secretaria.

Ginger también le observaba y remató con su comentario el del capitán:

—No necesita recomendaciones para divertirse, capitán. ¡Ian Hendry es un hombre muy aplicativo! ¿Verdad, cariño?

Al salir Ian Hendry le hizo un guiño cariñoso y poco después, en su vehículo reactor, se deslizaba a una velocidad de doscientas millas por la amplia calzada de doscientos metros que aquella galería disponía como calzada.

Ginger había instalado a la periodista Lori Brozy en un edificio del extremo sur de aquel sector. Los departamentos oficiales estaban situados en el centro y en los extremos, dedicados a viviendas y otras instalaciones, quedaban a más de cien kilómetros del núcleo central de aquella supermoderna ciudad subterránea.

Aceleró un poco más, pero al instante comprobó que el vehículo era frenado. Las células fotoeléctricas instaladas en cada esquina habían entrado en funcionamiento enviando efluvios imperativos al reactor del coche.

Aquel era un sistema práctico que venía usándose en los últimos años. Con él se avisaba al conductor y se habían reducido a cero los accidentes de tráfico por exceso de velocidad. En Neptuno no hacían falta policías de tráfico, ni multas ni nada de todo aquello tan engorroso que todavía se utilizaba en la Tierra.

Las vidas humanas estaban por encima de todo.

Sí: por encima de todo pero ahora... Bueno: ahora esa misma vida humana estaba amenazada por« algo» realmente espantoso.

Cuando llegó al edificio dos policías uniformados se cuadraron ante el joven comandante Ian Hendry. Les devolvió el saludo y preguntó:

— ¿Sigue arriba?

—No la hemos dejado salir para nada, comandante. Son las órdenes que nos dio su secretaria.

— ¡Esa Ginger es un sol!

— ¿Cómo dice, señor?

— ¡Oh! ¡Sigan vigilando!

El ascensor automático le elevó a la decimosegunda planta. Avanzó por el

reluciente pasillo de cuarzo negro brillante como mármol pulimentado y se paró ante la puerta 2501. Dos agentes más estaban allí de guardia y también saludaron.

—Ha pedido bizcochos —dijo uno de ellos, musitando.

Ian Hendry sacó la llave y con gesto cómico hizo que se sorprendía:

— ¿Bizcochos? Supongo que se los habrán dado.

—Se lo dimos, señor: pero luego...

Esta vez de verdad intrigado Ian Hendry preguntó, ya abierta la puerta:

— ¿Qué pasó, agente?

— ¡Me los tiró a la cara!

— ¡Tiene genio la niña! —remachó el otro.

Ian Hendry cerró la puerta y avanzó por el pasillo, gritando antes de llegar a la sala:

— ¿Dónde está mi angelito rubio?

Su «angelito rubio» estaba en la ducha y salió como una diosa mitológica de la antigua Grecia, envuelta en blanca toalla que hacía resaltar su rítmico cuerpo por el contraste de su piel morena y sedosa, ahora mojada.

Ian Hendry la contempló extasiado:

— ¡Eres realmente muy hermosa, Lori! Yo diría que... ¡endiabladamente hermosa!

Con pereza, la mujer preguntó tras obsequiarle con tentadora sonrisa:

— ¿De veras te parezco hermosa, Ian?

—De veras, Lori. ¡Repito que condenadamente bonita!

— ¡Oh, Ian!... Endiablada, condenada... ¿Por qué usas esos términos para mí?

—No sé, Lori... Quizá porque...

Se acercó al mueble-bar para servirse un cordial refrescante y tras beberlo preguntó:

— ¿Te has aburrido mucho, pequeña?

Esta pregunta hizo estallar a la mujer:

— ¡Eres un redomado bribón, Ian! ¿Por qué ordenaste que me encerraran aquí?

—Fue cosa de Ginger. Yo...

— ¡Mientes! Ella me dijo que se lo ordenaste tú.

—No debiste hacerle caso. ¡Parece que Ginger tiene un marcado interés en que tú y yo nos peleemos!

— ¡Ya lo he notado! Esa gatita negra no me mira con mucha simpatía.

—Estáis a mano, ¿no, Lori?

La muchacha bebió del cordial que le ofrecía, sin dejar de mirarle a los ojos. Ian Hendry permanecía ante ella y desde su altura la observó a placer.

— ¿Has encontrado de todo aquí?

—De todo. Solo me faltaba una cosa, cariño.

El hombre comprendió, sonriente:

—Bueno: ya estoy aquí. ¿Empezamos?

Ahora fue la mujer la extrañada y se apartó para ir a sentarse a un sofá frontero.

— ¿Empezar qué, Ian?

Ian Hendry no avanzó hacia ella. Permaneció en el mismo sitio pese a la muda invitación de la cuidada mano femenina y, encogiéndose de hombros, aclaró divertido:

—Pues empezar a hablar, mi querida Lori. ¡Tú y yo tenemos que aclarar algunas cosas!

—Una de ellas es que me digas qué lazos te unen a esa Ginger.

—Los profesionales, y claro está, Lori: los de la amistad. Ginger es una excelente chica.

— ¡Yo la odio!

—Ya te he dicho que estáis a mano.

La mujer sacudió sus cabellos rubios con un movimiento muy femenino. Estaban mojados y caían sobre la espalda en húmeda cascada ahora de tonos más oscuros.

—Bueno, Ian: dejemos eso. Lo importante aquí estamos tú y yo.

Ian Hendry la miró fijamente, sorprendiéndola con esta pregunta:

—Dime una cosa, Lori... ¿Perteneces a... «ellos»?

Se equivocó si pensó que iba a sorprenderla o a negar. Lori Brozy se limitó a sonreír y a su vez sí que le dejó perplejo a él al preguntar:

— ¿Qué sabes de «ellos», Ian?

—Muchas cosas... ¿Y tú? ¿Cómo has sabido a qué me refería? ¡Llevas dos días metida en estas habitaciones sin salir para nada! No has podido enterarte.

—Te olvidas de una cosa, cariño. Hace años fui novia de Alan Fraser, el famoso cirujano que me plantó el día de nuestra boda ante el altar.

—Sí, pero...

— ¿Sabes por qué me plantó?

—A la prensa dijo que tenía exceso de trabajo y se debía a la Ciencia.

— ¡Pura excusa, cariño! Me plantó porque ya no se sentía como un hombre. Como un hombre normal, quiero decir, Ian... ¡Ya le habían sometido a la operación del trasplante de cerebro! Eso le hizo cambiar mucho y, aunque siguió actuando y pareciendo un ser humano normal, en realidad era otro... ¿Comprendes?

—Cuando os volvisteis a ver y os reconciliasteis, ¿tú sabías algo de eso?

—No... Pero luego empecé a observarle, a fijarme en él y todas su reacciones y...

Excitado por todo lo que le decía aquella bella mujer, Ian Hendry se acercó a ella nervioso, sentándose en el mismo sofá, para animarla:

— ¿Cuándo empezaste a sospecharlo?

—No lo sospeché. ¡Lo confirmé!

— ¿Cómo? Él te diría que su cicatriz en la nuca se debía a una operación cualquiera que tuvieron que hacerle. Ni tú ni nadie sabía entonces que esos... esos extraños seres llegan a nosotros en forma de raro cerebro, conservado

para meterse, tras un trasplante, en el cuerpo de uno de nosotros. ¿No es así?

—Te equivocas, Ian. ¡Se sinceró del todo conmigo!

Ian Hendry casi dio un bote sobre el sofá, levantándose:

— ¿Cómo? ¡Una cosa así no se confía a nadie!

—Pues Alan lo hizo... ¡Siempre estuvo muy enamorado de mí!

—Lo sé y tiene motivos para estarlo: cualquier hombre te adoraría, Lori. ¡Pero tú misma dices que no es un hombre, pese a su apariencia normal exterior! Todos los que hemos detenido e interrogado se han mostrado absolutamente herméticos, sin soltar una palabra, sin confiarle nada a nadie.

—Tranquilízate, Ian. Antes has dicho que tenemos mucho que hablar y es cierto. ¡Vas a saber muchas cosas!

— ¡Ardo en deseos de saberlas, Lori! Quizá tú tengas la clave de muchas preguntas y soluciones. ¡Habla ya!

—Alan Fraser se confió a mí siendo ya lo que es porque...

Aquellas pausas de Lori Brozy eran un martirio. Pero Ian Hendry esperó. Esperaba pacientemente porque ella, confidente al fin de uno de aquellos misteriosos seres venidos del más allá, podría decirle quiénes eran, qué pretendían y cómo lograban llegar hasta el Sistema Solar.

¡Y de esto dependían muchas cosas!

—Bueno, Ian... Se confió a mí porque pretendía que me convirtiera en uno de «ellos».

— ¿Cómo? ¿Tú, Lori?

—Sí: me dijo que me haría él mismo la operación del trasplante de cerebro y me convertiría en una géminis.

— ¿En una qué...?

—En una géminis: seres que han nacido en la constelación de ese nombre. ¿Comprendes?

Ian Hendry sentía que la cabeza le daba vueltas y rogó:

—Calma, Lori: ¿quieres decir que «ellos», han nacido en una de las doce constelaciones zodiacales, en Géminis?

—Eso mismo, Ian: según el curso aparente de vuestro sol, la constelación de Géminis es más visible y está más cerca entre el 21 de mayo al 21 de junio. ¿Es que no sabes eso, cariño?

Esta vez Ian Hendry quedó envarado.

¡Ella, Lori Brozy había dicho «vuestro sol»!

Pero logró dominarse y animó, aparentemente tranquilo:

—Sigue, cariño: ¿qué más te dijo Alan Fraser? ¿Qué te prometió?

—Traer de Antares, un gran planeta que gira en torno a su sol, un cerebro especial para mí que él me colocaría en puesto del mío. Según Alan, «ellos» pueden vivir mucho más... mucho más que nosotros, los terrícolas. Solo necesitan transmigrar de vez en cuando a otro cuerpo que les sirva de sostén y apariencia exterior.

— ¡Muy interesante! ¿Y qué más? ¿Aceptaste?

Mimosa, la mujer rubia se acercó echándole los desnudos brazos al cuello:

— ¡Qué bobito eres! ¿Cómo iba a aceptar? ¡Yo prefiero seguir tal como soy!

—Bueno, Lori... Eso no te cambiaría en nada. El mismo Alan Fraser seguía siendo la última vez que le vi un guapo mozo. ¡Un hombre que en tiempos te volvió loca!

—Exteriormente sí: pero piensan de forma muy distinta a nosotros. ¡Tienen un fin determinado!

— ¿Cuál, reina...?

—Instalarse aquí. Poco a poco, lentamente, sin que nos vayamos dando cuenta.

—Hay que admitir que en parte lo han conseguido. ¿Cómo van llegando?

—Plutón es su escala: nuestro último planeta del Sistema Solar aún no colonizado. Sus naves son enviadas por control remoto a la Tierra desde allí.

—Una vez fallaron, Lori: el día que nos conocimos vimos cómo aquella astronave que aterrizó en el desierto de Arizona llegaba de más allá de Plutón, más allá de nuestro Sistema Solar fue localizada como un objeto extraño viajando en el espacio. ¿Recuerdas?

—Alan me dijo que aquello fue un error. Por eso destruyeron la astronave desintegrándola, una vez sacaron unos cuantos cerebros de las celdillas donde venían.

—Entre ellos, los dedicados a los doctores Roy Mansfield y James Rusk, ¿verdad? ¡El mismo Alan hizo aquella operación!

— ¡Sí!... ¿Cómo sabes eso, Ian?

—Sé muchas cosas más, cariño. Y lo que me extraña es que tú sigas viva, después de negarte a que tu querido y extraño exnovio te sometiera al mismo tratamiento. ¿Cómo lo conseguiste, Lori? ¡Han demostrado que no se paran ante nada!

La mujer rubia dudó, pero sonriendo volvió a echarle los brazos al cuello en dulce caricia...

Él también la abrazó y entonces supo por qué lo que había sido corporalmente Lori Brozy seguía latiendo en sus manos.

Al acariciar sus rubios cabellos mojados hundió las manos en ellos y sus dedos tropezaron con una significativa cicatriz en la nuca.

Pero siguió dejando que ella le besara.

Capítulo XIII

Se separó de ella con violencia y con ímpetu la arrojó sobre el sofá.

Lori Brozy quedó allí tendida, apenas medio cubierta con la blanca toalla. Le estaba mirando muy fijamente y sus pupilas, azules y agitadas como un océano embravecido, parecían intentar taladrarle.

— ¡Víbora! —tronó Ian Hendry—. ¿Qué clase de ser eres? ¿También una géminis? ¿Uno de esos monstruos alojado en lo que fue el cuerpo de Lori Brozy?

Ella se incorporó al instante, también con violencia:

— ¿Lo descubriste al fin, verdad? ¡Eres más listo de lo que supuse! ¡No debí dejar que me tocaras! Mi cabello cubría la cicatriz y jamás habrías sabido que...

— ¡Te equivocas! Lo sospeché hace tiempo. Me enteré de que habías estado hospitalizada en el centro que dirige Alan Fraser y atando cabos llegué a esa conclusión. Por eso te hice venir y le ordené a Ginger que te dejase aquí encerradita.

— ¡Ah! Entonces fueron órdenes tuyas y no de ella, ¿verdad?

— ¡Cada uno llevábamos nuestro juego! ¿Cuál era el tuyo al contarme todo eso y mentirme para que no sospechara que eres uno de «ellos»?

—No lo sé... Quizá, si mi cerebro ya no puede amarte, mi corazón y mi cuerpo de mujer sí. Me... me han dicho los míos que se necesita un poco de tiempo para dominar todos los sentidos del cuerpo que ocupamos por medio del cerebro.

Había frustración de derrota al seguir admitiendo:

—Yo por lo visto aún no lo he conseguido. ¡Es pronto!

—Di más bien que es demasiado tarde. Irás a parar con todos los tuyos. Ya conocemos el juego y si aquí en Neptuno os hemos dominado, con las mismas medidas lo haremos en la Tierra o dondequiera que os hayáis instalado. ¡Ahora resulta fácil identificaros!

—No lo conseguiréis, Ian. ¡Muchos ya están en puestos muy elevados! ¡Ellos nos protegerán dando otras órdenes!

—Te equivocas. No nos detendremos ante nadie. ¡Caerá quien sea! ¡El

mismo Ministro de Defensa Georgi Kronikof!

— ¿También sabes eso?

—Te dije que sé muchas cosas, mi «querida» fracasada vampiresa. Saber el resto ya no tiene importancia.

— ¡La tiene y mucha, Ian! ¿Crees que somos seres despreciables?

— ¡Sois asesinos! ¡Queréis aniquilar a toda una raza! ¡A la raza humana!

— ¡Es cuestión de supervivencia! ¡Somos superiores a vosotros!

— ¿En qué? ¿En esa detestable transmigración de vuestros enfermizos cerebros?

— ¿Te parece eso poco? Cuando vuestro cuerpo sufre una herida grave, cuando cae doblado por alguna enfermedad, por un golpe o un balazo... ¿No muere vuestro cerebro? ¿No os llega la muerte total?

Lo que había sido la atractiva Lori Brozy siguió gritando:

— ¡Pues nosotros no! ¡Nosotros sobrevivimos! Solo necesitamos que no sea dañado nuestro cerebro.

—Y lo ponéis en «conserva», ¿verdad?

—Queda en estado de hibernación un tiempo limitado hasta que encontramos otro cuerpo donde trasplantarle. Por eso podemos vivir siglos y siglos y somos muy superiores a vosotros. ¡Nuestra civilización data de billones de años vuestros! Nuestras experiencias pueden ser de mucho mayor alcance así. Jamás morimos... ¡Somos casi eternos!

— ¡Muertos vivos es lo que sois! Tú misma, ¿qué edad tienes? ¿Mil años? ¿Dos mil?

—No contamos el tiempo como vosotros, con medidas mezquinas. Viajamos por el Cosmos y transmigramos allá donde podamos seguir viviendo.

—Mal negocio al elegir ahora nuestro Sistema Solar. Ni en la Tierra ni en ninguno de nuestros planetas os queremos. ¡Os echaremos de aquí!

— ¡Qué niño eres, Ian Hendry! Niño e ingenuo como todos los hombres, como toda la raza humana. Aferrados a un trozo de tierra todo lo más por setenta o noventa años. Mientras que yo, nosotros...

— ¿Qué importa vivir poco, cuando se existe con una vida digna?

—La nuestra lo es. ¡Te he dicho que somos supercivilizados! El tiempo juega a nuestro favor. Cuando uno de nosotros transmigra una o mil veces, va adquiriendo experiencia y caudal de conocimientos que transmite a los que siguen. Por eso conocemos de antiguo vuestra civilización, vuestras costumbres, vuestros idiomas y todo lo que suponíais atesorar en exclusiva.

En el fondo, Ian Hendry estaba tan irritado como maravillado. Hasta ahora era el único ser humano que conocía los secretos e intenciones de aquellos seres llegados silenciosamente desde la lejana constelación de Géminis.

Miraba a aquella bella mujer y no podía llegar a creer todo lo que le estaba diciendo. Exteriormente seguía siendo la atractiva y rubia Lori Brozy, la famosa periodista de la que un día creyó estar enamorado.

Pero aquel ser hablaba y hablaba incesantemente, sin cansarse, sin darle

tregua, sin una sola vacilación en sus firmes convicciones, haciendo funcionar sin cesar aquel extraño cerebro que tenía por lo visto la rara facultad de transmigrar de un cuerpo a otro para seguir existiendo.

¿Cuántos mundos habían conocido en sus viajes por el Cosmos? ¿A cuántas civilizaciones habían tenido que adaptarse?

Una cosa era cierta: no parecían utilizar ninguna clase de armas. Posiblemente las desconocían: su fuerza era cerebral.

Pero utilizaban este poder diabólicamente: para transmigrar a un cuerpo necesitaban antes hacerse hueco. ¿Y no es matar extirpar un cerebro para colocar en su lugar otro?

— ¡Monstruos! ¡Eso es lo que sois! ¡Monstruos! —gritó Ian Hendry, arrastrado por estos pensamientos.

—Te he dicho que es una cuestión de supervivencia. En Antares empieza a faltarnos espacio vital. ¡Somos ya muchos! ¡Demasiados!

—Claro... ¡Os «conserváis» tanto! ¡Vivís tantos siglos! Aquello estará de bote en bote. ¿No es así?

—Otro gran defecto vuestro: pretendéis bromear con las cosas más serias. Os creéis superiores por eso, cuando, en realidad, lo que sois es cínicos.

Ian Hendry alzó una mano y apartándose instintivamente más, rogó con ironía:

—Por cierto: ¿cómo sois en vuestro estado primitivo? ¿Guapos o feos? ¿Altos o bajos? ¿Deformes o armoniosos?

—La fealdad o la belleza es una cosa relativa. Las cosas dependen con el cristal que se miren.

—Sí. Reconozco que sois inteligentes. ¡Es una buena evasiva! Pero de ello deduzco que debéis ser seres horripilantes, pues de otra forma, sabiendo nuestros gustos estéticos me habrías dicho que sois realmente deslumbrantes... ¡Maravillosos!

—Lo repito, querido Ian. ¡Cuán niño eres! ¡Y qué ridículo te veo al hablar así! Hay poca profundidad en tus palabras.

— ¿Y eso te satisface? Por mí, terminaremos con vosotros. Al menos vengaremos a todos los que habéis matado para utilizar su cuerpo. El doctor Roy Mansfield, James Rusk, Walter Rozier, mi jefe... Aquí mismo, en Neptuno, después de la eficaz redada hemos contado cuatro mil ochocientos treinta de los vuestros, localizados por la cicatriz.

Alzó la mano para rectificar, al contar a ella también:

—Mejor dicho: ahora cuatro mil ochocientas treinta y uno...

La mujer se acercó a él, también rectificándole:

—Cuatro mil ochocientos treinta y dos, querido Ian... ¡Tú pronto serás uno de los nuestros!

— ¡Estás lista, nena! El edificio está vigilado: detrás de esa misma puerta tengo dos agentes de guardia día y noche. No veo que lleves arma alguna y comprenderás que me consideraría muy poco para pensar que con esas delicadas manos puedas vencerme. ¡Por eso estoy tranquilo!

—No voy a convencerte por la fuerza. Normalmente, nosotros no la utilizamos nunca, Ian. ¡Nos basta nuestro poderoso cerebro!

Ian Hendry sonrió divertido:

— ¿Persuasión? No te canses: fallarás también, rica.

—Eres inteligente y comprenderás. Solo tendrás que dejar que te dé un golpe en la cabeza. Luego llamaré a los vigilantes y diré que te caíste en la bañera. ¡Sé quién puede operarte!

—Muy amable, pero no me gustan esas intervenciones quirúrgicas. ¡He visto los resultados que dan!

—Te pondríamos un cerebro maravilloso. ¡Uno de los más antiguos! ¡De los que más ha transmigrado!

— ¡Muy interesante! Me iba a convertir en una especie de sabio.

— ¿Y por qué no? Saber es vivir: tanto se vive cuanto se sabe. ¡Es una gran verdad!

—Prefiero las verdades humanas. ¡Las mías!

Su oponente pareció irritarse ante su tozudez:

— ¡Hemos de ganar esta batalla, Ian! ¡Tenemos que ganarla nosotros o estamos perdidos!

—Tú lo dijiste antes: es una cuestión de supervivencia. O vosotros o nosotros. Y da la casualidad de que nosotros estamos en casita. ¡En nuestro Sistema Solar!

— ¡El nuestro se agota, Ian! Si no venimos aquí pronto a miles, a millones... ¡La vida en Antares se extinguirá!

—Es vuestro problema. Nosotros tenemos los nuestros.

—Sé que venceremos: gracias a ti habéis ganado una batalla aquí, en Neptuno. Pero en la Tierra, en Marte, en otros planetas... ¡Ya somos muchos!

—Se os localizará a todos.

— ¿Y nos exterminaréis, Ian? ¿Tú darías esa orden? Tú que tan orgulloso pareces estar de las nobles cualidades humanas... ¿darías esa orden?

Esta vez, Ian Hendry quedó silencioso. Tenía miedo de ser convencido: miedo a los argumentos y a la potencia de aquel cerebro, sabio y tan viejo como el tiempo al parecer.

La afirmación la tuvo en la boca, en la punta de la lengua. Recordó a Dios y se dijo que Él, solo Él como Supremo Creador de todas las cosas, era el dueño de la vida.

¡La vida con mayúsculas!

Y la vida es un hombre o una planta: un insecto o un elefante: el más simple de los microbios o el ser más gigantesco que pueda existir en la Creación.

Y aquellos seres cuyos cerebros transmigraban...

—No... No daría esa orden —dijo al fin.

La siguiente pregunta también resultó difícil de contestar:

— ¿Qué harías entonces, Ian? ¿Qué haréis entonces, en caso de vencernos como has hecho aquí, en Neptuno?

—No sé... Estoy confuso. No sería un problema que tuviera que decidir yo.

— ¿Y si así fuera, Ian? ¿Si la decisión tras la victoria dependiera de ti, exclusivamente de ti?

—Ante todo procuraría que no enviaseis más de esos cerebros en «conserva», porque la instalación de cada uno de ellos costaría una vida humana. Vigilaríamos el espacio. ¡Mejor que hasta ahora! No permitiría ninguna filtración de astronave extraña, por más pequeña e inofensiva que pareciera. Así tendríais que seguir en vuestro Antares, en vuestra constelación de Géminis

— ¿No has entendido? ¡Te he dicho que nuestra vida pronto se extinguirá allí! ¡Eso también sería condenarnos a la muerte!

Ian Hendry seguía pensando, esforzándose por ser justo en la medida de lo posible, ante el grave problema.

Al fin dijo:

—Entonces os cedería el planeta Plutón, al que nosotros todavía no hemos llegado y vosotros parece que hacéis servir de escala.

—Es pequeño. ¡Somos muchos millones!

Volvió a dudar. Creí estar soñando, que todo aquello no era realidad. Pero se recuperó y se encontró diciendo:

—Bueno... Podríamos cederos también Neptuno, este mismo planeta y quizás otro... ¡Pero nada más!

Vio que se acercaba a él extendiéndole la mano y luego decía:

—Gracias, Ian... ¡Veo que empiezas a ser un hombre superior! ¡Que todos los tuyos piensen así!

Conclusión

Ian Hendry, Ministro de Defensa del Sistema Solar, tras examinar los últimos informes miró a su esposa y preguntó:

— ¿Recuerdas la solución que dimos a aquel caso de la transmigración hace diez años, Ginger?

—Perfectamente, cariño. ¡Estuvieron cerca de convertirte en uno de ellos!

El pequeño Jimmy correteaba por el jardín y se acercó perseguido por su perro favorito, un enorme terranova de cuerpo lanudo y fiel compañero de su hijo. El Ministro de Defensa del Sistema Solar devolvió el saludo de su hijo y luego rogó:

—Déjanos solos, Jimmy. Tengo que hablar con tu madre.

—Es que «Niky» ha hecho una cosa muy rara, papá.

—Me lo contarás luego, Jimmy. ¡Quiero hablar con tu madre!

—De acuerdo, papá. ¡Vamos «Niky»!

Nuevamente solos, la mujer preguntó:

— ¿Qué pasa, Ian? ¡Pareces muy preocupado!

—Lo estoy, Ginger. ¡Lo estoy!

— ¿Qué ocurre?

—Que aquella solución que dimos al caso ya no sirve. Durante estos años todo ha ido bien: nosotros les dejamos Plutón e incluso Neptuno con todo lo que habíamos construido allí, pero ahora...

— ¿Ahora qué, Ian? ¡Me tienes en ascuas!

—Ahora ya vuelven a estar aquí... ¡En la Tierra!

— ¿Cómo...?

Los ojos de Ginger se abrieron mucho e instintivamente miró al jardín, buscando con ansiedad a su hijo de ocho años.

Ian Hendry comprendió, tranquilizándola:

—Deja a Jimmy. Por ahora no pasará nada.

—Pero es que temo que quizá... «ellos», esos seres...

Momentáneamente pareció tranquilizarse ante la pasividad del esposo y dijo:

—Bueno: «Niky» está con nuestro hijo. ¡No tengo que temer nada!

Ian Hendry dudó antes de decir:

—Es que... Precisamente esos seres ahora transmigran a los animales... Concretamente a los perros. ¡Y me temo que «Niky» sea uno de ellos, querida Ginger!

— ¡Oh, no, Ian! ¡Sería horrible! ¡Tendremos que matarle!

—No, Ginger... No tendremos que matarle a nuestro terranova. Simplemente le vigilaremos bien... ¡Muy bien! Como a todos los otros perros. ¡Los informes coinciden!

—Pero Ian... ¿Por qué? ¿Por qué hacen eso? ¿Por qué van de un cuerpo a otro? ¿Por qué... transmigran?

—Porque quieren vivir, Ginger... ¡Quieren vivir! Es la dinámica del mundo... ¿Comprendes?

—Tendremos que volver a luchar contra «ellos».

—Sí... Eso también es otra ley de la misma vida... ¡La lucha! Pero hay que procurar que la lucha nos ennoblezca en vez de envilecernos.

Y recogiendo los informes, antes de encerrarse en su despacho se volvió a su esposa para terminar diciendo:

— ¡Y mientras yo sea Ministro de Defensa te prometo que así será, Ginger!

FIN

Próximo número:

ROBINSONES DEL CEREBRO

por

Clark Carrados

Estaban perdidos en el centro
de toda inteligencia.
La fascinante aventura prometía
tener un dramático fin.

NUEVOS
BOLSILIBROS TORAY DEL
GÉNERO OESTE

Colección **SIOUX**
y
Colección **ESPUELA**



Precio: 9 ptas.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



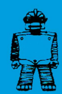
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

